

## SANCTI ANSELMO LIBROS DOS POR QUÉ DIOS HOMBRE

### PREFACIO

La obra que sigue fue completada apresuradamente debido a que algunos, antes de que estuviera terminada y refinada, copiaban las primeras partes sin mi conocimiento, más rápido de lo que me convenía, y por eso me vi obligado a concluirla más brevemente de lo que hubiera deseado, como pude. Pues habría insertado y añadido muchas cosas que omití, si hubiera tenido la oportunidad de publicarla en tranquilidad y con el tiempo adecuado. En efecto, en gran tribulación del corazón, que Dios sabe de dónde y por qué la sufrí, comencé a escribirla en Inglaterra a petición, y la terminé como peregrino en la provincia de Capua. La titulé, según la materia de la que trata, "Por qué Dios hombre", y la dividí en dos libros. El primero contiene las objeciones de los infieles que rechazan la fe cristiana porque creen que contradice la razón, y las respuestas de los fieles: y finalmente, eliminando a Cristo (como si nunca hubiera existido), demuestra con razones necesarias que es imposible que algún hombre se salve sin Él. En el segundo libro, de manera similar, como si nada se supiera de Cristo, se muestra con igual claridad y verdad que la naturaleza humana fue instituida para que algún día el hombre entero, es decir, en cuerpo y alma, disfrutara de la inmortalidad bienaventurada: y que es necesario que esto se realice en el hombre, para lo cual fue creado; pero no sino a través de un hombre-Dios, y que necesariamente todo lo que creemos sobre Cristo debe suceder. Pido a todos los que deseen transcribir este libro que coloquen este pequeño prefacio con los capítulos de toda la obra antes de su inicio: para que quien lo reciba en sus manos, al mirarlo como en su frente, vea si hay algo en todo el cuerpo que no desprecie.

### LIBRO PRIMERO.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

Cuestión de la que depende toda la obra.

A menudo y con gran interés muchos me han pedido, tanto de palabra como por escrito, que escribiera las razones de cierta cuestión sobre nuestra fe, que suelo responder a quienes preguntan, para conservarlas en la memoria: dicen que les agradan y creen que son satisfactorias. Lo que piden no es para acercarse a la fe por la razón, sino para deleitarse en la comprensión y contemplación de lo que creen, y para estar siempre preparados para dar respuesta a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en nosotros. Esta cuestión suelen planteárnosla también los infieles, que ridiculizan la simplicidad cristiana como si fuera necedad, y muchos fieles la meditan en su corazón: a saber, por qué razón o necesidad Dios se hizo hombre, y con su muerte, como creemos y confesamos, devolvió la vida al mundo. Cuando esto podría haberlo hecho por otra persona, ya sea angélica o humana, o solo por su voluntad, sobre esta cuestión no solo los letrados, sino también muchos iletrados preguntan y desean una razón de ello. Por tanto, ya que muchos piden que se trate este tema, y aunque parece muy difícil de investigar, en su resolución es comprensible para todos, y por su utilidad y belleza de razón es deseable. Aunque los santos Padres han dicho sobre ello lo que debería ser suficiente, sin embargo, me ocuparé de mostrar a los que lo piden lo que Dios me dignará revelar. Y puesto que las cosas que se investigan por medio de preguntas y respuestas son más claras para muchos, especialmente para los de ingenio más lento, y por eso más agradan: tomaré a uno de los que insistentemente me solicita esto, para que Boso pregunte y Anselmo responda de esta manera.

## CAPÍTULO II.

Cómo deben recibirse las cosas que se van a decir.

BOS. Así como el orden correcto exige que creamos en los profundos misterios de la fe cristiana antes de atrevernos a discutirlos con la razón, así me parece negligencia si, una vez confirmados en la fe, no nos esforzamos por entender lo que creemos. Por lo tanto, ya que, con la gracia de Dios precediéndome, creo que sostengo la fe de nuestra redención de tal manera que, aunque no pueda comprender con razón lo que creo, nada puede apartarme de su firmeza: te pido que me aclares lo que, como sabes, muchos conmigo piden: por qué necesidad y razón Dios, siendo omnipotente, asumió la humildad y debilidad de la naturaleza humana para su restauración. ANS. Lo que me preguntas está por encima de mí, y por eso temo tratar cosas más altas que yo, no sea que, cuando alguien piense o incluso vea que no le satisfago, piense más que la verdad de la cosa me falta a mí que mi entendimiento no es suficiente para captarla. BOS. No debes temer esto tanto como recordar que a menudo sucede en la conversación sobre alguna cuestión que Dios revela lo que antes estaba oculto; y esperar de la gracia de Dios que, si compartes libremente lo que has recibido gratuitamente, merecerás recibir cosas más altas a las que aún no has llegado. ANS. Hay otra razón por la que veo que apenas o de ninguna manera podemos tratar plenamente este asunto entre nosotros ahora; porque para ello es necesario el conocimiento del poder, la necesidad, la voluntad y otras cosas que están tan relacionadas que ninguna de ellas puede considerarse plenamente sin las otras; y por eso su tratamiento requiere su propia obra, no muy fácil, creo, ni del todo inútil: pues la ignorancia de ellas hace algunas cosas difíciles, que por su conocimiento se vuelven fáciles. BOS. Podrás hablar brevemente de estas cosas en su lugar: para que tengamos lo suficiente para la obra presente, y lo que más deba decirse, lo dejemos para otro momento. ANS. Esto también me retrae mucho de tu petición, porque la materia no solo es preciosa, sino que, así como es de hermoso aspecto más que los hijos de los hombres (Salmo 44, 3), así también es de hermosa razón sobre el entendimiento de los hombres: por lo que temo que, así como suelo indignarme con los malos pintores cuando veo a nuestro Señor pintado con figura deformada, así me suceda a mí si presumo escribir una materia tan hermosa con un estilo desaliñado y despreciable. BOS. Tampoco esto debe retraerte; porque así como permites que quien pueda lo diga mejor, tampoco prohíbes a nadie que, si no le agrada tu estilo, escriba más bellamente: pero, para excluir todas tus excusas, lo que pido no lo harás para los doctos, sino para mí, y para los que conmigo piden esto mismo. ANS. Ya que veo tu insistencia y la de aquellos que contigo piden esto con caridad y devoción religiosa, intentaré según mi capacidad (con la ayuda de Dios y vuestras oraciones, que al pedir esto me prometisteis a menudo para este mismo propósito), no tanto mostrar lo que buscáis, como buscarlo contigo; pero con la condición de que todo lo que diga quiero que se reciba: a saber, que si digo algo que no confirme una autoridad mayor, aunque parezca probarlo con razón; no se reciba con otra certeza, sino porque por el momento me parece así, hasta que Dios me lo revele mejor de algún modo. Si puedo satisfacer en algo tu cuestión, será cierto que alguien más sabio que yo podrá hacerlo más plenamente: de hecho, se debe saber que, por mucho que el hombre pueda decir o saber sobre ello, aún permanecen ocultas razones más altas de tan gran asunto. BOS. Permite entonces que use las palabras de los infieles: pues es justo que, cuando buscamos la razón de nuestra fe, planteemos las objeciones de aquellos que de ninguna manera quieren acercarse a la misma fe sin razón. Aunque ellos buscan la razón porque no creen, y nosotros porque creemos, sin embargo, es lo mismo lo que buscamos: y si respondes algo a lo que la sagrada autoridad parece oponerse, permíteme objetarla, para que expliques cómo no se opone. ANS. Di lo que te parece.

## CAPÍTULO III.

Objeciones de los infieles y respuestas de los fieles.

BOS. Los infieles, burlándose de nuestra simplicidad, nos objetan que hacemos injuria y afrenta a Dios cuando afirmamos que descendió al vientre de una mujer, que nació de una mujer, que fue alimentado y creció con leche y alimentos humanos, y, por no mencionar muchas otras cosas que no parecen convenir a Dios, que sufrió cansancio, hambre, sed, azotes y, entre ladrones, la cruz y la muerte. ANS. No hacemos a Dios ninguna injuria ni afrenta; sino que, con todo el corazón, damos gracias, alabamos y proclamamos la inefable altura de su misericordia; porque cuanto más maravillosamente y contra toda expectativa nos restituyó de tantos y tan merecidos males en los que estábamos a tantos y tan inmerecidos bienes que habíamos perdido, tanto mayor amor y piedad mostró hacia nosotros. Pues si consideraran cuidadosamente cuán convenientemente se procuró de este modo la restauración humana, no se burlarían de nuestra simplicidad; sino que alabarían con nosotros la sabia benignidad de Dios. Era necesario que así como por la desobediencia de un hombre la muerte había entrado en el género humano, así por la obediencia de un hombre se restituyera la vida; y así como el pecado, que fue la causa de nuestra condenación, tuvo su inicio en una mujer, así el autor de nuestra justicia y salvación naciera de una mujer; y para que el diablo, que había vencido al hombre por el gusto del árbol que persuadió, fuera vencido por el hombre por la pasión del árbol que infligió. También hay muchas otras cosas que, consideradas con atención, muestran una inefable belleza de nuestra redención procurada de este modo.

#### CAPÍTULO IV.

Que estas respuestas parecen a los infieles sin necesidad y como ciertas pinturas.

BOS. Todas estas cosas son hermosas y deben ser recibidas como ciertas pinturas: pero si no hay algo sólido sobre lo que se asienten, no parecen suficientes a los infieles para que creamos que Dios quiso sufrir lo que decimos. Pues quien quiere hacer una pintura elige algo sólido sobre lo que pintar para que lo que pinta permanezca. Nadie pinta en el agua o en el aire; porque allí no quedan vestigios de las pinturas. Por lo tanto, cuando presentamos estas conveniencias a los infieles como ciertas pinturas de lo sucedido, ya que no consideran que lo que creemos es un hecho, sino una ficción, piensan que pintamos sobre una nube. Por tanto, primero debe mostrarse la solidez razonable de la verdad, es decir, la necesidad que pruebe que Dios debía o podía humillarse de la manera que predicamos. Luego, para que el mismo cuerpo de la verdad brille más, estas conveniencias deben exponerse como pinturas del cuerpo. ANS. ¿No parece suficiente razón necesaria por qué Dios debía hacer lo que decimos; porque el género humano, obra tan preciosa, había perecido por completo; y no convenía que lo que Dios había propuesto sobre el hombre se aniquilara por completo: y su mismo propósito no podía llevarse a efecto, a menos que el género humano fuera liberado por su mismo Creador?

#### CAPÍTULO V.

Que la redención del hombre no pudo hacerse por otra persona que no fuera Dios.

BOS. Esta misma liberación, si se dijera que fue hecha de cualquier manera por otra persona que no fuera Dios (ya sea por un ángel o por un hombre), la mente humana lo aceptaría mucho más tolerablemente. Pues Dios pudo haber hecho a un hombre sin pecado, no de la masa pecadora, ni de ningún hombre, sino como hizo a Adán, por quien parece que esta misma obra pudo haberse hecho. ANS. ¿No entiendes que cualquier otra persona que

redimiera al hombre de la muerte eterna, el mismo hombre sería justamente considerado su siervo? Si esto fuera así, de ninguna manera sería restaurado a la dignidad que habría tenido si no hubiera pecado: ya que él, que no sería sino siervo de Dios y en todo igual a los ángeles buenos, sería siervo de aquel que no es Dios, y cuyos ángeles no son siervos.

## CAPÍTULO VI.

Cómo los infieles reprenden que decimos que Dios nos redimió con su muerte, y así mostró su amor hacia nosotros, y vino a luchar por nosotros contra el diablo.

BOS. Esto es lo que mucho se asombran, porque llamamos a esta liberación redención. Pues, dicen, ¿en qué cautiverio, o en qué prisión, o en poder de quién estabais, de donde Dios no pudo liberaros sino redimiéndoos con tantos trabajos y finalmente con su sangre? Cuando les decimos: Nos redimió de los pecados, y de su ira, y del infierno y del poder del diablo, a quien porque no podíamos, él vino a luchar por nosotros, y nos redimió el reino de los cielos: y porque hizo todo esto de esta manera, mostró cuánto nos amaba. Responden: Si decís que Dios no pudo hacer todo esto solo con su mandato, que decís que creó todo mandando, os contradecís a vosotros mismos, porque lo hacéis impotente. O si admitís que pudo, pero no quiso sino de esta manera, ¿cómo podéis mostrar que es sabio quien sin razón alguna queréis que sufra cosas tan indecentes? Pues todo esto que presentáis depende de su voluntad: la ira de Dios no es otra cosa que la voluntad de castigar. Si, por tanto, no quiere castigar los pecados de los hombres, el hombre está libre de pecados, y de la ira de Dios, y del infierno, y del poder del diablo, que todo lo sufre por los pecados, y recibe lo que por los mismos pecados se le priva. Pues, ¿en poder de quién está el infierno, o el diablo, o de quién es el reino de los cielos, sino de aquel que hizo todo? Por tanto, todo lo que teméis o deseáis está sujeto a su voluntad a la que nada puede resistir. Por lo tanto, si no quiso salvar al género humano sino de la manera que decís, cuando pudo hacerlo solo con su voluntad, para decirlo suavemente, ved cómo os oponéis a su sabiduría. Pues si un hombre, pudiendo hacer algo fácilmente, lo hiciera con gran trabajo sin razón, no sería juzgado sabio por nadie. Porque lo que decís que Dios mostró así cuánto os amaba, no se defiende con ninguna razón, si no se muestra que de ninguna manera podía salvar al hombre de otra manera. Pues si no pudiera de otra manera, entonces tal vez sería necesario que de esta manera mostrara su amor: pero ahora, cuando puede salvar al hombre de otra manera, ¿qué razón hay para que, para mostrar su amor, haga y sufra lo que decís? ¿Acaso no muestra a los ángeles buenos cuánto los ama, por quienes no sufre tales cosas? Lo que decís que vino a luchar por vosotros contra el diablo, ¿con qué sentido os atrevéis a decirlo? ¿No reina la omnipotencia de Dios en todas partes? ¿Cómo, pues, necesitaba Dios descender del cielo para vencer al diablo? Esto es lo que los infieles parecen poder objetarnos.

## CAPÍTULO VII.

Que el diablo no tenía ninguna justicia contra el hombre: y por qué parece haberla tenido, y por qué Dios liberó al hombre de esta manera.

Pero también aquello que solemos decir, a saber, que Dios debió primero actuar con justicia contra el diablo para liberar al hombre, más que con fuerza; para que, cuando el diablo matara a aquel en quien no había causa de muerte, y que era Dios, perdiera justamente el poder que tenía sobre los pecadores; de lo contrario, habría ejercido una violencia injusta contra él, ya que poseía al hombre justamente, a quien no había atraído violentamente, sino que el mismo hombre se había entregado a él voluntariamente, no veo qué fuerza tenía. Pues, si el diablo

fuera suyo o de otro que no fuera Dios, o permaneciera bajo otro poder que no fuera el de Dios, tal vez esto se diría correctamente: pero como el diablo o el hombre no son sino de Dios, y ninguno está fuera del poder de Dios, ¿qué causa debía Dios llevar contra lo suyo, de lo suyo, en lo suyo, sino para castigar a su siervo, que había persuadido a su compañero siervo a abandonar al común Señor y pasarse a él, y había recibido al fugitivo traidor, al ladrón que robaba al ladrón con el botín de su Señor? Pues ambos eran ladrones; ya que uno, persuadido por el otro, se robaba a sí mismo de su Señor. ¿Qué podría hacerse más justamente, si Dios lo hiciera así? O si Dios, juez de todos, arrebatara al hombre así poseído del poder de quien lo poseía tan injustamente, ya sea para castigar a aquel de otra manera que a través del diablo, o para perdonarle, ¿qué injusticia sería esta? Aunque el hombre era justamente atormentado por el diablo; sin embargo, él lo atormentaba injustamente. Pues el hombre había merecido ser castigado, y no por otro más conveniente que por aquel a quien había consentido pecar. Pero el diablo no tenía mérito alguno para castigar: más bien, cuanto más injustamente lo hacía, cuanto más no era llevado a ello por amor a la justicia, sino impulsado por el instinto de la malicia. Pues no lo hacía por mandato de Dios, sino por su incomprensible sabiduría, que ordena bien incluso el mal, permitiéndolo. Y creo que aquellos que piensan que el diablo tiene alguna justicia en poseer al hombre, son llevados a ello porque ven que el hombre está justamente sujeto a la vejación del diablo, y que Dios lo permite justamente: y por eso piensan que el diablo lo inflige justamente. Pues sucede que algo puede ser justo e injusto bajo diferentes consideraciones; y por eso, quienes no observan diligentemente, juzgan todo justo o injusto. Sucede que alguien golpea injustamente a un inocente, por lo que merece ser golpeado justamente; sin embargo, si el golpeado no debe vengarse y golpea al que lo golpeó, lo hace injustamente. Por lo tanto, este golpe es injusto por parte del que golpea, porque no debía vengarse; pero justo por parte del golpeado, porque el que golpea injustamente merece ser golpeado justamente. Así, la misma acción es justa e injusta bajo diferentes perspectivas, porque puede ser juzgada justa por uno e injusta por otro. De esta manera, se dice que el diablo atormenta justamente al hombre; porque Dios lo permite justamente, y el hombre lo sufre justamente. Pero lo que se dice que el hombre sufre justamente, no se dice justamente por su justicia, sino porque es castigado por el justo juicio de Dios. Pero si se alega aquel documento del decreto que el Apóstol dice que estaba contra nosotros, y que fue borrado por la muerte de Cristo (Colosenses II, 14), y alguien piensa que por ello se significa que el diablo, como si bajo el documento de algún pacto, exigía justamente del hombre antes de la pasión de Cristo el pecado, como si fuera el interés del primer pecado que persuadió al hombre, y la pena del pecado, para probar así su justicia sobre el hombre, no creo que deba entenderse así. Pues aquel documento no es del diablo; porque se dice documento del decreto; pero aquel decreto no era del diablo, sino de Dios. Pues por el justo juicio de Dios estaba decretado, y como si fuera confirmado por un documento, que el hombre que había pecado voluntariamente, no pudiera evitar ni el pecado ni la pena del pecado por sí mismo: pues es un espíritu que va y no regresa (Salmo LXXVII, 39); y quien comete pecado es esclavo del pecado (Juan VIII, 34); ni quien peca debe quedar impune, a menos que la misericordia perdone al pecador, y lo libere y lo devuelva. Por lo tanto, debemos creer que por este documento no puede encontrarse justicia alguna del diablo en la vejación del hombre. Finalmente, así como en el ángel bueno no hay injusticia alguna; así en el malo no hay justicia alguna. Por lo tanto, no había nada en el diablo por lo que Dios no debiera usar su fuerza contra él para liberar al hombre.

## CAPÍTULO VIII.

Cómo, aunque las cosas humildes que decimos de Cristo no pertenecen a la divinidad, sin embargo, parece inconveniente a los infieles que se digan de él según el hombre: y por qué les parece que el mismo hombre no murió voluntariamente.

ANS. Nos debe bastar como razón la voluntad de Dios, cuando hace algo, aunque no veamos por qué lo quiere así: pues la voluntad de Dios nunca es irracional. BOS. Es cierto, si se constata que Dios quiere aquello de lo que se trata: pues muchos no aceptan que Dios quiera algo, si parece contrario a la razón. ANS. ¿Qué te parece contrario a la razón, cuando confesamos que Dios quiso lo que creemos de su encarnación? BOS. Para decirlo brevemente: que el Altísimo se incline a cosas tan humildes, que el omnipotente haga algo con tanto esfuerzo. ANS. Quienes dicen esto no entienden lo que creemos. Pues sin duda afirmamos que la naturaleza divina es impasible, y de ninguna manera puede ser humillada de su altura, ni en lo que quiere hacer, con esfuerzo. Pero decimos que el Señor Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre; una persona en dos naturalezas, y dos naturalezas en una persona. Por lo tanto, cuando decimos que Dios sufre algo humilde o débil, no lo entendemos según la sublimidad de la naturaleza impasible; sino según la debilidad de la sustancia humana que llevaba; y así se reconoce que ninguna razón se opone a nuestra fe. Pues no significamos ninguna humildad de la sustancia divina; sino que mostramos que es una persona de Dios y hombre. Por lo tanto, en la encarnación de Dios no se entiende que haya habido alguna humildad de él; sino que se cree que la naturaleza humana fue exaltada. BOS. Así sea: nada se impute a la naturaleza divina de lo que se dice de Cristo según la debilidad del hombre; pero ¿cómo se podrá probar justo o razonable que Dios trató o permitió que se tratara así a aquel hombre, a quien el Padre llamó su Hijo amado, en quien se complació (Mateo XII, 18), y a quien el Hijo se hizo a sí mismo? ¿Y qué justicia hay en entregar a la muerte al hombre más justo de todos por el pecador? ¿Qué hombre, si condenara a un inocente para liberar a un culpable, no sería juzgado digno de condena? Pues parece que se reduce a lo mismo inconveniente que se dijo antes. Porque si no pudo salvar a los pecadores de otra manera que condenando al justo, ¿dónde está su omnipotencia? Si pudo, pero no quiso, ¿cómo defenderemos su sabiduría y justicia? ANS. Dios Padre no trató al hombre de la manera que pareces entender, ni entregó a un inocente a la muerte por un culpable. Pues no lo obligó a la muerte contra su voluntad, ni permitió que fuera asesinado; sino que él mismo voluntariamente soportó la muerte para salvar a los hombres. BOS. Aunque no contra su voluntad, ya que consintió en la voluntad del Padre, de alguna manera parece que lo obligó al mandarlo. Pues se dice que Cristo se humilló a sí mismo, hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó (Filipenses II, 8); y que aprendió la obediencia por lo que padeció (Hebreos V, 8), y que el Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos VIII, 32). Y el mismo Hijo dice: No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Juan VI, 38). Y al ir a la pasión dice: Como el Padre me mandó, así hago (Juan XIV, 31). También: ¿No beberé el cáliz que el Padre me ha dado? (Juan XVIII, 11). Y en otro lugar: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no como yo quiero, sino como tú (Mateo XXVI, 39). Y de nuevo: Padre, si no puede pasar este cáliz, sino que lo beba, hágase tu voluntad (Mateo XXVI, 42). En todo esto parece más que Cristo soportó la muerte más por obediencia que por disposición de su voluntad espontánea.

## CAPÍTULO IX.

Que murió voluntariamente; y qué significa, hecho obediente hasta la muerte; y, por lo cual Dios lo exaltó; y, no he venido a hacer mi voluntad; y, no perdonó a su propio Hijo; y, no como yo quiero, sino como tú quieres.

ANS. A mi parecer, no distingues bien entre lo que hizo por exigencia de la obediencia; y lo que soportó que le fuera hecho, porque guardó la obediencia, no por exigencia de la obediencia. BOS. Necesito que expliques esto más claramente. ANS. ¿Por qué lo persiguieron los judíos hasta la muerte? BOS. No por otra cosa sino porque mantenía la verdad y la justicia viviendo y hablando inquebrantablemente. ANS. Esto creo que Dios exige de toda criatura racional; y esto le debe aquella por obediencia a Dios. BOS. Así debemos confesarlo. ANS. Esta obediencia debía aquel hombre a Dios Padre, y la humanidad a la divinidad; y esto le exigía el Padre. BOS. Esto no es dudoso para nadie. ANS. He aquí lo que hizo por exigencia de la obediencia. BOS. Es cierto; y ya veo lo que soportó que le fuera hecho, porque perseveró en la obediencia. Pues le fue infligida la muerte, porque perseveró en la obediencia y la soportó; pero no entiendo cómo esto no lo exige la obediencia. ANS. Si el hombre nunca hubiera pecado, ¿debería sufrir la muerte; o debería Dios exigirle esto? BOS. Según creemos, ni el hombre moriría, ni se le exigiría esto; pero quiero escuchar de ti la razón de esto. ANS. No niegas que la criatura racional fue hecha justa, y para esto, para que fuera bienaventurada disfrutando de Dios. BOS. No. ANS. Pero no pensarás que conviene a Dios obligar a ser miserable sin culpa a quien hizo justo para la bienaventuranza: pues morir contra su voluntad es miserable para el hombre. BOS. Está claro que si el hombre no hubiera pecado, Dios no debería exigirle la muerte. ANS. Por lo tanto, Dios no obligó a Cristo a morir, en quien no hubo pecado; sino que él mismo voluntariamente soportó la muerte, no por obediencia de abandonar la vida, sino por la obediencia de mantener la justicia, en la que perseveró tan firmemente que incurrió en la muerte por ello. También se puede decir que el Padre le mandó morir, cuando le mandó aquello por lo que incurrió en la muerte. Así pues: Como el Padre le dio el mandamiento, así hizo (Juan XIV, 31); y bebió el cáliz que le dio (Juan XVIII, 11); y fue hecho obediente al Padre hasta la muerte; y así aprendió la obediencia por lo que padeció, es decir, hasta dónde debe guardarse la obediencia. Pero la palabra que se ha puesto, aprendió, puede entenderse de dos maneras. O bien aprendió, se dijo por, hizo que otros aprendieran; o porque, lo que no ignoraba por ciencia, lo aprendió por experiencia. Pero lo que el Apóstol, cuando dijo: Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, añadió: Por lo cual Dios lo exaltó; y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filipenses II, 8). Lo cual es similar a lo que dijo David: Del torrente en el camino beberá, por lo cual levantó la cabeza (Salmo CIX, 7): no se dijo así, como si de ninguna manera pudiera llegar a esta exaltación sino por esta obediencia de muerte; y esta exaltación no se le concedió sino en retribución de esta obediencia. Pues antes de padecer, él mismo dijo que todas las cosas le habían sido entregadas por el Padre (Lucas X, 22); y que todas las cosas del Padre son suyas (Juan XVI, 15). Pero como él mismo con el Padre y el Espíritu Santo dispuso que no mostraría al mundo su altura de toda potencia sino por la muerte: pues no se dispuso que se hiciera sino por aquella muerte, cuando se hace por ella, no incongruentemente se dice que se hace por ella. Pues si intentamos hacer algo, pero proponemos hacer primero otra cosa, por la cual se haga aquello: cuando ya se ha hecho lo que queremos que preceda, si se hace lo que intentamos, se dice correctamente que se hace porque se ha hecho aquello por lo que se difería; porque no se dispuso que se hiciera sino por aquello. Pues si un río, que puedo cruzar a caballo o en barco, propongo no cruzarlo sino en barco; y por eso difiero cruzar, porque el barco no está: cuando ya está el barco, si cruzo, se dice correctamente de mí: El barco estaba listo, por eso cruzó. Y no solo hablamos así cuando por aquello que queremos que preceda, sino también cuando no por aquello, sino solo después de aquello, decidimos hacer algo más. Pues si alguien difiere tomar alimento porque aún no ha asistido a la celebración de la misa ese día, una vez hecho lo que quería hacer primero, no incongruentemente se le dice: Ya toma alimento, porque ya has hecho por lo que diferías tomar. Mucho menos inusual es la expresión, cuando se dice que Cristo fue exaltado porque soportó la muerte, por la cual y después de la cual decidió hacer aquella exaltación.

Esto también puede entenderse de la manera en que se lee que el mismo Señor creció en sabiduría y gracia ante Dios: no porque así fuera, sino porque él se comportaba como si así fuera. Pues así fue exaltado después de la muerte, como si por ella se hiciera esto. Pero lo que él mismo dijo: No he venido a hacer mi voluntad, sino la de quien me envió (Juan VI, 38), es como aquello: Mi doctrina no es mía (Juan VII, 16): pues lo que alguien no tiene de sí mismo, sino de Dios, debe decirlo no tanto suyo como de Dios. Ningún hombre tiene de sí mismo la verdad que enseña o la voluntad justa, sino de Dios. Por lo tanto, Cristo no vino a hacer su voluntad, sino la del Padre; porque la voluntad justa que tenía no era de la humanidad, sino de la divinidad. Pero Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos VIII, 32), no es otra cosa que no lo liberó. Pues se encuentran muchas cosas de este tipo en la Sagrada Escritura. Pero donde dice: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no como yo quiero, sino como tú (Mateo XXVI, 39); y: Si no puede pasar este cáliz, sino que lo beba, hágase tu voluntad (Mateo XXVI, 42), significa el apetito natural de salvación por su voluntad, por el cual la carne humana huía del dolor de la muerte. Pero dice la voluntad del Padre, no porque el Padre prefiriera la muerte del Hijo a la vida, sino porque el Padre no quería restaurar al género humano, a menos que el hombre hiciera algo tan grande como era aquella muerte. Porque la razón no exigía lo que otro hombre no podía hacer, por eso dice el Hijo que él quiere su muerte; porque él prefirió que él sufriera, a que el género humano no fuera salvado; como si dijera: Porque no quieres que la reconciliación del mundo se haga de otra manera, digo que de este modo quieres mi muerte: hágase, pues, tu voluntad, es decir, hágase mi muerte, para que el mundo se reconcilie contigo. Pues a menudo decimos que alguien quiere algo, porque no quiere otra cosa que si quisiera, no se haría aquello que se dice querer: como cuando decimos que quiere apagar la lámpara, quien no quiere cerrar la ventana por la que entra el viento que apaga la lámpara. Así pues, el Padre quiso la muerte del Hijo, porque no quiso salvar al mundo de otra manera, sino que el hombre hiciera algo tan grande, como ya dije. Lo cual valió tanto para el Hijo que quería la salvación de los hombres, porque otro no podía hacerlo, como si le mandara morir: por lo que él, como el Padre le dio el mandamiento, así hizo; y bebió el cáliz que le dio el Padre, obediente hasta la muerte.

## CAPÍTULO X.

De nuevo sobre lo mismo; cómo pueden entenderse correctamente de otra manera.

También se puede entender correctamente que, por esa piadosa voluntad con la que el Hijo quiso morir por la salvación del mundo, el Padre le dio (sin embargo, no obligándolo) el mandato y el cáliz de la pasión; y no lo perdonó, sino que lo entregó por nosotros, y quiso su muerte; y porque el mismo Hijo fue obediente hasta la muerte, y aprendió de lo que sufrió, la obediencia. Pues así como según su humanidad no tenía de sí mismo la voluntad de vivir justamente, sino del Padre; así también esa voluntad con la que quiso morir para hacer un bien tan grande, no pudo tenerla sino del Padre de las luces, de quien proviene todo don perfecto (Santiago I, 17): y así como se dice que el Padre atrae, dando la voluntad, no es incongruente afirmar que impulsa. Pues así como el Hijo dice del Padre: Nadie viene a mí, si el Padre no lo atrae (Juan VI, 44); así pudo decir, si no lo impulsa. De igual manera pudo expresar, nadie corre hacia la muerte por mi nombre, si el Padre no lo impulsa o atrae. Porque, en efecto, cada uno es atraído o impulsado por la voluntad hacia aquello que desea ineludiblemente; no es inconveniente decir que Dios atrae o impulsa, cuando da tal voluntad: en cuyo acto de atracción o impulso no se entiende ninguna necesidad de violencia, sino la espontánea y amada tenacidad de la buena voluntad recibida. Si, por tanto, de este modo no se puede negar que el Padre, dando esa voluntad, atrajo o impulsó al Hijo hacia la muerte,

¿quién no ve que por la misma razón le dio el mandato de soportar la muerte voluntariamente, y el cáliz, que no bebería a la fuerza? Y si se dice correctamente que el Hijo no se perdonó a sí mismo, sino que se entregó por nosotros con voluntad espontánea, ¿quién negará que se dice correctamente que el Padre, de quien tuvo tal voluntad, no lo perdonó, sino que lo entregó por nosotros y quiso su muerte? De este modo también, guardando ineludiblemente y voluntariamente la voluntad recibida del Padre, el Hijo se hizo obediente hasta la muerte, y aprendió de lo que sufrió, la obediencia, es decir, cuán grande es la obra que se debe hacer por obediencia. Pues entonces la obediencia es verdadera y simple, cuando la naturaleza racional, no por necesidad, sino voluntariamente, guarda la voluntad recibida de Dios. También de otras maneras podemos entender correctamente que el Padre quiso la muerte del Hijo, aunque estas puedan ser suficientes. Pues, así como decimos que quiere aquel que hace que otro quiera; así también decimos que quiere aquel que no hace que otro quiera, pero aprueba que quiera: de modo que, cuando vemos a alguien querer soportar valientemente una molestia para lograr lo que bien desea, aunque confesemos que queremos que soporte esa pena, no obstante, no queremos ni amamos su pena, sino su voluntad. También solemos decir que quiere aquel que puede prohibir y no prohíbe, lo que no prohíbe. Por tanto, ya que la voluntad del Hijo agradó al Padre, y no le prohibió querer o cumplir lo que quería, se afirma correctamente que quiso que el Hijo soportara la muerte tan piadosa y tan útilmente, aunque no amara su pena. Sin embargo, dijo que el cáliz no podía pasar si no lo bebía. No porque no pudiera evitar la muerte, si quisiera; sino porque, como se ha dicho, era imposible que el mundo se salvara de otra manera; y él quería ineludiblemente sufrir la muerte, antes que el mundo no se salvara. Por eso dijo esas palabras para enseñar al género humano que no podía salvarse de otra manera que por su muerte; no para mostrar que no podía evitar la muerte. Pues, cualquiera que sea lo que se dice de él, similar a lo que se ha dicho, debe ser explicado de tal manera que se crea que murió no por necesidad, sino por libre voluntad. Porque era omnipotente, y se lee de él que fue ofrecido, porque él quiso (Isaías LIII, 7). Y él mismo dice: Yo pongo mi vida, para volver a tomarla: nadie me la quita; sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para poner mi vida, y para volver a tomarla (Juan X, 17). Por lo tanto, lo que él mismo hace por su propio poder y voluntad, no puede decirse correctamente que fue obligado a hacerlo. BOS. Solo porque Dios permite que sea tratado así, aunque voluntariamente, no parece adecuado para tal Padre de tal Hijo. ANS. Al contrario, es sumamente apropiado que tal Padre consienta a tal Hijo, si quiere algo laudablemente para la honra de Dios, y útilmente para la salvación de los hombres, lo cual no pudo hacerse de otra manera. BOS. Todavía estamos en esto, en cómo esa muerte puede mostrarse razonable y necesaria. Pues de otro modo, ni el mismo Hijo parece haber debido quererla, ni el Padre haber debido obligar o permitir. Se pregunta por qué Dios no pudo salvar al hombre de otra manera; o si pudo, por qué quiso de esta manera. Pues también parece inconveniente que Dios haya salvado al hombre de esta manera; y no se ve qué valor tiene esa muerte para salvar al hombre. Es sorprendente, en efecto, si Dios se deleita o necesita tanto la sangre del inocente, que no quiera o pueda perdonar al culpable sino matándolo. ANS. Ya que asumes en esta cuestión la posición de aquellos que no quieren creer nada sin una razón demostrada, quiero pactar contigo que no aceptemos de Dios ningún inconveniente, por mínimo que sea, y que no rechacemos ninguna razón, por mínima que sea, si no se opone a una mayor. Pues así como en Dios cualquier pequeño inconveniente lleva a la imposibilidad; así cualquier pequeña razón, si no es superada por una mayor, lleva a la necesidad. BOS. Nada acepto con más gusto en este asunto que mantener este pacto entre nosotros. ANS. La cuestión es solo sobre la encarnación de Dios y sobre lo que creemos de ese hombre asumido. BOS. Así es. ANS. Pongamos, entonces, que la encarnación de Dios, y lo que decimos de ese hombre, nunca ocurrió: y acordemos entre nosotros que el hombre fue hecho para la bienaventuranza, que no puede obtenerse en esta vida; ni puede llegar a ella

nadie, a menos que se le perdonen los pecados; ni ningún hombre pasa esta vida sin pecado: y otras cosas cuya fe es necesaria para la salvación eterna. BOS. Así sea; porque nada de esto parece inconveniente o imposible para Dios. ANS. Por lo tanto, es necesaria para el hombre la remisión de los pecados, para que llegue a la bienaventuranza. BOS. Así lo sostenemos todos.

## CAPÍTULO XI.

Qué es pecar, y satisfacer por el pecado.

ANS. Debemos, por tanto, investigar de qué manera Dios perdona los pecados a los hombres: y para hacer esto más claramente, primero veamos qué es pecar, y qué es satisfacer por el pecado. BOS. Te corresponde mostrarlo, y a mí atender. ANS. Si el ángel y el hombre siempre devolvieran a Dios lo que le deben, nunca pecarían. BOS. No puedo contradecir. ANS. No es, por tanto, otra cosa pecar que no devolver a Dios lo que se le debe. BOS. ¿Cuál es la deuda que debemos a Dios? ANS. Toda voluntad de la criatura racional debe estar sujeta a la voluntad de Dios. BOS. Nada más cierto. ANS. Esta es la deuda que el ángel y el hombre deben a Dios, que al pagarla nadie peca; y que todo aquel que no la paga, peca. Esta es la justicia o rectitud de la voluntad, que hace justos o rectos de corazón, es decir, de voluntad; este es el único y total honor que debemos a Dios, y que Dios exige de nosotros. Pues solo tal voluntad hace obras agradables a Dios, cuando puede obrar; y cuando no puede, ella sola por sí misma agrada, porque ninguna obra sin ella agrada. Quien no devuelve a Dios este honor debido, le quita a Dios lo que es suyo, y deshonra a Dios; y esto es pecar. Mientras no devuelva lo que ha robado, permanece en culpa; y no basta solo devolver lo que se ha quitado, sino que por la injuria de la deshonra debe devolver más de lo que quitó. Pues así como quien daña la salud de otro no basta con restituir la salud, si no compensa por la injuria del dolor causado; así quien viola el honor de alguien, no basta con devolver el honor, si no restituye algo que agrade a aquel a quien deshonoró, según la molestia causada por la deshonra. También debe considerarse que cuando alguien devuelve lo que injustamente quitó, debe dar lo que no se le podría exigir si no hubiera robado. Así, todo el que peca debe devolver el honor que robó a Dios; y esta es la satisfacción que todo pecador debe hacer a Dios. BOS. En todo esto, ya que hemos propuesto seguir la razón, aunque me intimidas un poco, no tengo nada que pueda decir en contra.

## CAPÍTULO XII.

Si solo la misericordia, sin ninguna satisfacción de la deuda, conviene a Dios para perdonar los pecados.

ANS. Volvamos y veamos si solo la misericordia, sin ninguna satisfacción del honor robado, conviene a Dios para perdonar los pecados. BOS. No veo por qué no conviene. ANS. Perdonar el pecado de esta manera no es otra cosa que no castigar, y ya que ordenar correctamente el pecado sin satisfacción no es sino castigar; si no se castiga, se deja desordenado. BOS. Es razonable lo que dices. ANS. No conviene a Dios dejar algo desordenado en su reino. BOS. Si quiero decir otra cosa, temo pecar. ANS. Por lo tanto, no conviene a Dios dejar el pecado impune. BOS. Así se sigue. ANS. También se sigue otra cosa, si el pecado se deja impune; porque será lo mismo para Dios el pecador que el no pecador: lo cual no conviene a Dios. BOS. No puedo negarlo. ANS. Observa también esto: nadie ignora que la justicia de los hombres está bajo la ley, para que según su cantidad, la medida de la retribución sea recompensada por Dios. BOS. Así lo creemos. ANS. Pero si el pecado no se paga ni se castiga, no está sujeto a ninguna ley. BOS. No puedo entenderlo de

otra manera. ANS. Por lo tanto, la injusticia es más libre si se perdona solo por misericordia, que la justicia: lo cual parece muy inconveniente. Esta inconveniencia también se extiende a hacer a la injusticia semejante a Dios, porque así como Dios no está sujeto a ninguna ley, así tampoco la injusticia. BOS. No puedo resistir a tu razón: pero, ya que Dios nos manda perdonar completamente a los que pecan contra nosotros, parece contradecir que nos mande lo que no le conviene hacer a él mismo. ANS. No hay contradicción en esto; porque Dios nos manda esto para que no presumamos de lo que solo pertenece a Dios. Pues a nadie le corresponde hacer venganza, sino a aquel que es Señor de todos: ya que cuando las potestades terrenales lo hacen correctamente, es Dios quien lo hace, por quien han sido ordenadas para esto. BOS. Has eliminado la contradicción que pensaba que existía; pero hay otra cosa para la que quiero tener tu respuesta: pues, ya que Dios es tan libre que no está sujeto a ninguna ley, ni al juicio de nadie, y es tan benigno que nada más benigno puede pensarse, y nada es recto o decente, sino lo que él quiere: parece extraño si decimos que de ninguna manera quiere, o no le es lícito perdonar su injuria, de quien también solemos pedir indulgencia por las que hacemos a otros. ANS. Es cierto lo que dices sobre su libertad, voluntad y benignidad; pero debemos entenderlas razonablemente para que no parezca que contradicen su dignidad. Pues la libertad no es sino para lo que conviene o es decente; ni debe llamarse benignidad la que obra algo indecente para Dios. Pero lo que se dice, que lo que él quiere es justo, y lo que no quiere, no es justo; no debe entenderse de tal manera que si Dios quiere algo inconveniente, sea justo porque él lo quiere. No se sigue, si Dios quiere mentir, que sea justo mentir; sino más bien que no es Dios. Pues de ninguna manera puede querer mentir una voluntad, sino en la que la verdad está corrompida, o que al abandonar la verdad está corrompida. Por lo tanto, cuando se dice, si Dios quiere mentir, no es otra cosa que si Dios es de tal naturaleza que quiere mentir: y por eso no se sigue que el mentir sea justo, a menos que se entienda así como cuando de dos imposibles decimos: Si esto es, aquello es; porque ni esto ni aquello es: como si alguien dijera: Si el agua es seca, y el fuego es húmedo; pues ninguno es verdadero. Por lo tanto, solo de aquellas cosas es verdadero decir: Si Dios quiere esto, es justo: que no es inconveniente que Dios quiera. Pues si Dios quiere que llueva, es justo que llueva; y si quiere que un hombre sea muerto, es justo que sea muerto. Por lo tanto, si no conviene a Dios hacer algo injusto o desordenado, no pertenece a su libertad, benignidad o voluntad, dejar impune al pecador que no devuelve a Dios lo que robó. BOS. Me quitas todo lo que pensaba que podía objetarte. ANS. Observa aún por qué no conviene a Dios hacer esto. BOS. Escucho con gusto todo lo que dices.

### CAPÍTULO XIII.

Que nada es menos tolerable en el orden de las cosas, que la criatura quite al Creador el honor debido, y no pague lo que quita.

ANS. Nada es menos tolerable en el orden de las cosas que la criatura quite al Creador el honor debido, y no pague lo que quita. BOS. Esto es clarísimo. ANS. Nada más injusto se tolera que lo que es menos tolerable. BOS. Tampoco esto es oscuro. ANS. Creo, entonces, que no dirás que Dios debe tolerar lo que nada más injusto se tolera: que la criatura no devuelva a Dios lo que quita. BOS. Al contrario, veo que debe negarse completamente. ANS. También, si nada es mayor o mejor para Dios, nada más justo que lo que guarda su honor en la disposición de las cosas, la suma justicia, que no es otra cosa que el mismo Dios. BOS. Esto tampoco es menos claro. ANS. Nada, por tanto, guarda Dios más justamente que el honor de su dignidad. BOS. Debo concederlo. ANS. ¿Te parece que lo guarda íntegramente si permite que se le quite de tal manera que ni se pague, ni él castigue al que quita? BOS. No me atrevo a decirlo. ANS. Es necesario, por tanto, que o el honor robado se pague, o siga el

castigo; de lo contrario, o Dios no será justo consigo mismo, o será impotente para ambos: lo cual es impío incluso pensarlo. BOS. Entiendo que nada más razonable puede decirse.

#### CAPÍTULO XIV.

Qué tipo de honor de Dios es el castigo del pecador.

BOS. Pero quiero oír de ti si el castigo del pecador es para él honor, o qué tipo de honor es. Pues si el castigo del pecador no es su honor, cuando el pecador no paga lo que robó, sino que es castigado, así pierde Dios su honor, de modo que no lo recupera: lo cual parece contradecir lo que se ha dicho. ANS. Es imposible que Dios pierda su honor: o el pecador paga voluntariamente lo que debe, o Dios lo toma del que no quiere. Pues o el hombre exhibe a Dios la debida sujeción, ya sea no pecando, ya sea pagando lo que pecó, con voluntad espontánea; o Dios lo somete a él y a lo que es suyo, torturándolo contra su voluntad, y así muestra ser su Señor, lo que el mismo hombre se niega a confesar con su voluntad. En esto se debe considerar que así como el hombre pecando roba lo que es de Dios, así Dios castigando quita lo que es del hombre. Pues no solo se dice que algo es de alguien, lo que ya posee; sino lo que está en su poder tener. Por tanto, ya que el hombre fue hecho de tal manera que podía tener la bienaventuranza, si no pecara: cuando, por el pecado, es privado de la bienaventuranza y de todo bien, paga de lo suyo, aunque no quiera, lo que robó; porque aunque Dios no transfiera a su propio uso lo que quita, como el hombre convierte en su utilidad el dinero que quita a otro: sin embargo, usa lo que quita para su honor, por el hecho de que lo quita. Pues al quitar, prueba que el pecador y lo que es suyo están sujetos a él.

#### CAPÍTULO XV.

Si Dios permite que su honor sea violado siquiera un poco.

BOS. Me agrada lo que dices. Pero hay otra cuestión para la cual requiero tu respuesta: si Dios debe, como pruebas, preservar su honor, ¿por qué permite que sea violado, aunque sea mínimamente? Pues lo que se permite que sea dañado de alguna manera, no se conserva íntegra ni perfectamente. ANS. Al honor de Dios no se le puede añadir ni quitar nada, en cuanto a Él se refiere. Él mismo es su honor incorruptible e inmutable. Sin embargo, cuando cada criatura guarda su orden, como si le fuera mandado, ya sea naturalmente o racionalmente, se dice que obedece a Dios y lo honra: y esto especialmente la naturaleza racional, a la cual se le ha dado entender lo que debe. Cuando quiere lo que debe, honra a Dios; no porque le confiera algo, sino porque voluntariamente se somete a su voluntad y disposición, y en el universo de las cosas guarda su orden y la belleza de ese universo, en la medida en que le es posible. Pero cuando no quiere lo que debe, deshonra a Dios, en cuanto a ella se refiere, porque no se somete voluntariamente a su disposición, y perturba el orden y la belleza del universo, en la medida en que le es posible, aunque no dañe ni descolore en modo alguno el poder o la dignidad de Dios. Pues si las cosas contenidas en el ámbito del cielo quisieran no estar bajo el cielo o alejarse de él, de ninguna manera podrían sino estar bajo el cielo, ni huir del cielo sino acercándose a él. Porque tanto de dónde, como a dónde, y por dónde fueran, estarían bajo el cielo, y cuanto más se alejaran de cualquier parte del cielo, tanto más se acercarían a la parte opuesta. Así, aunque el hombre o el ángel malo no quiera someterse a la voluntad y ordenación divina, no puede huir de ella; porque si quiere huir de la voluntad que manda, corre bajo la voluntad que castiga. Y si preguntas por dónde pasa, no es sino bajo la voluntad que permite: y eso mismo que perversamente quiere o hace, la suma sabiduría lo convierte en el orden y belleza del mencionado universo. Pues la satisfacción

espontánea de la perversidad, o la imposición de la pena al que no satisface (excepto en esto que Dios hace bienes de los males de muchas maneras) tienen su lugar en el mismo universo y la belleza del orden. Si la sabiduría divina no añadiera esto donde la perversidad intenta perturbar el orden recto, se produciría en el mismo universo, que Dios debe ordenar, cierta deformidad por la violación de la belleza del orden, y Dios parecería fallar en su disposición. Como estas dos cosas son tan inconvenientes como imposibles, es necesario que todo pecado sea seguido por satisfacción o pena. BOS. Has satisfecho mi objeción. ANS. Es claro, entonces, que nadie puede honrar o deshonorar a Dios, en cuanto a Él se refiere; pero en cuanto a sí mismo, alguien parece hacerlo cuando somete su voluntad a la de Él, o se aparta de ella. BOS. No sé qué podría decir en contra. ANS. Aún añadiré algo. BOS. Habla tanto como quieras hasta que me canse de escuchar.

## CAPÍTULO XVI.

Razón por la cual el número de ángeles que cayeron debe ser restituido por los hombres.

ANS. Es evidente que Dios propuso que de la naturaleza humana, que creó sin pecado, se restituiría el número de ángeles que cayeron. BOS. Creemos esto, pero quisiera tener alguna razón para ello. ANS. Me engañas: no propusimos tratar sino de la Encarnación de Dios; y tú me intercalas otras cuestiones. BOS. No te enojés, porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7): pues nadie prueba más que da alegremente lo que promete, que quien da más de lo que promete: di, pues, con gusto lo que pregunto. ANS. La naturaleza racional, que es o será bienaventurada por la contemplación de Dios, ha sido prevista por Dios en un cierto número racional y perfecto; de modo que no es dudoso que no le conviene ser mayor ni menor. O bien Dios no sabe en qué número le conviene más ser constituida, lo cual es falso: o si lo sabe, la constituirá en el número que considere más adecuado para ello. Por lo tanto, o aquellos ángeles que cayeron fueron hechos para estar dentro de ese número: o porque no pudieron permanecer fuera de ese número, cayeron por necesidad: lo cual es absurdo pensar. BOS. La verdad de lo que dices es evidente. ANS. Por lo tanto, como debieron estar en ese número, o el número de ellos debe ser restaurado por necesidad; o la naturaleza racional, que ha sido prevista en un número perfecto, permanecerá en un número imperfecto: lo cual no puede ser. BOS. Sin duda deben ser restaurados. ANS. Es necesario, entonces, que sean restaurados de la naturaleza humana, ya que no hay otra de la cual puedan ser restaurados.

## CAPÍTULO XVII.

Que otros ángeles no pueden ser restituidos por ellos.

BOS. ¿Por qué no pueden ser restituidos ellos mismos u otros ángeles por ellos? ANS. Cuando veas la dificultad de nuestra restauración, entenderás la imposibilidad de su reconciliación. Además, otros ángeles no pueden ser restituidos por ellos, porque no deben; a menos que puedan ser tales como aquellos habrían sido si no hubieran pecado; ya que aquellos habrían perseverado sin haber visto ninguna venganza del pecado: lo cual, después de la caída de ellos, sería imposible para otros que fueran restituidos por ellos. Pues no son igualmente loables el que permanece en la verdad y no conoce ninguna pena del pecado, y el que siempre la contempla eterna. Pues no se debe pensar que los ángeles buenos fueron confirmados por la caída de los malos, sino por su propio mérito. Pues así como, si los buenos hubieran pecado con los malos, habrían sido condenados juntos: así los injustos, si hubieran permanecido con los justos, habrían sido confirmados juntos. Porque si algunos de ellos solo iban a ser confirmados por la caída de otros, o nunca se confirmaría ninguno, o era necesario que alguno cayera para que otros fueran confirmados: lo cual es absurdo en ambos

casos. Por lo tanto, fueron confirmados de la manera en que lo fueron aquellos que permanecieron, de la misma manera en que habrían sido confirmados todos si hubieran permanecido: modo que mostré, como pude, donde traté por qué Dios no dio perseverancia al diablo. BOS. Has probado que los ángeles malos deben ser restaurados de la naturaleza humana: y se desprende de esta razón que los hombres elegidos no serán en menor número que los ángeles reprobados. Pero si pueden ser más, muéstralo si puedes.

## CAPÍTULO XVIII.

Si habrá más hombres santos que ángeles malos.

ANS. Si los ángeles, antes de que algunos de ellos cayeran, estaban en aquel número perfecto del que hemos hablado, los hombres no fueron creados sino para la restauración de los ángeles perdidos; y es evidente que no serán más que ellos. Pero si ese número no estaba en todos los ángeles, debe completarse con los hombres, tanto lo que se perdió como lo que antes faltaba; los hombres elegidos serán más que los ángeles reprobados: y así diremos que los hombres no fueron creados solo para restaurar el número disminuido, sino también para completar lo que aún no estaba perfecto.

BOS. ¿Qué es más razonable sostener: que los ángeles fueron creados primero en un número perfecto, o no?

ANS. Diré lo que me parece.

BOS. No puedo exigir más de ti.

ANS. Si el hombre fue creado después de la caída de los ángeles malos, como algunos entienden en el Génesis; no veo cómo puedo probar determinadamente una de estas dos cosas. Pues puede ser (creo) que los ángeles fueron primero en un número perfecto, y después el hombre fue creado para restaurar su número disminuido: y puede ser que no estuvieran en un número perfecto; porque Dios difería, como aún difiere, en completar ese número, haciendo la naturaleza humana a su tiempo. Por lo tanto, o solo completaría el número aún no íntegro; o, incluso si se disminuyera, lo restauraría.

Pero si toda la creación fue hecha al mismo tiempo; y aquellos días, en los que Moisés parece decir que este mundo no fue hecho al mismo tiempo, deben entenderse de otra manera que como vemos estos días en los que vivimos: no puedo entender cómo los ángeles fueron hechos en ese número perfecto. Pues si así fuera, me parece que necesariamente, o algunos hombres o ángeles caerían; o habría más en esa ciudad celestial de lo que exigiría la conveniencia de ese número perfecto. Si, por lo tanto, todo fue hecho al mismo tiempo; así parece que los ángeles y los dos primeros hombres estaban en un número imperfecto; para que a los hombres, si ningún ángel cayera, solo se completara lo que faltaba, y si alguno pereciera, también se restaurara lo que cayera: y la naturaleza del hombre, que era más débil, como si excusara a Dios y confundiera al diablo; si aquel imputara su caída a su debilidad, cuando ella, siendo más débil, permanecía: y, si ella misma también cayera, mucho más defendería a Dios contra el diablo y contra sí misma: cuando ella, hecha muy débil y mortal, en los elegidos de tanta debilidad ascendiera mucho más alto de donde el diablo había caído; cuanto más progresaron los buenos ángeles, cuya igualdad se les debe, después de la ruina de los malos, porque perseveraron.

Por estas razones, me parece más que en los ángeles no estaba ese número perfecto con el que se completaría esa ciudad suprema: porque si el hombre no fue hecho al mismo tiempo que los ángeles; así es posible que sea, y si fueron hechos al mismo tiempo, como muchos piensan, porque se lee: "El que vive eternamente, creó todas las cosas al mismo tiempo" (Eclo. XVIII, 1): parece necesario. Pero si la perfección de la creación mundana no solo debe entenderse en el número de individuos, sino en el número de naturalezas, es necesario que la naturaleza humana haya sido hecha para completar esa misma perfección, o para sobreabundar en ella: lo cual no nos atrevemos a decir de la naturaleza del más pequeño gusano. Por lo tanto, fue hecha allí por sí misma, y no solo para restaurar individuos de otra naturaleza. De donde es evidente que incluso si ningún ángel hubiera perecido, los hombres habrían tenido su lugar en la ciudad celestial.

Por lo tanto, sigue que en los ángeles, antes de que algunos de ellos cayeran, no estaba ese número perfecto: de lo contrario, era necesario que o los hombres, o algunos ángeles cayeran: porque fuera del número perfecto nadie podía permanecer allí.

BOS. Has logrado algo.

ANS. Hay otra razón, me parece, que no poco apoya esa opinión, que estima que los ángeles no fueron hechos en un número perfecto.

BOS. Dila.

ANS. Si los ángeles fueron hechos en ese número perfecto, y los hombres no fueron hechos de ninguna manera, sino para la restauración de los ángeles perdidos, es evidente que, si los ángeles no hubieran caído de esa bienaventuranza, los hombres no ascenderían a ella.

BOS. Esto es claro.

ANS. Pero si alguien dijera que los hombres elegidos se alegrarán tanto de la perdición de los ángeles como se regocijarán de su propia ascensión, ya que sin duda esto no sería, si aquello no hubiera sido, ¿cómo podrán defenderse de esta perversa gratulación? ¿O cómo diremos que los ángeles que cayeron fueron restaurados por los hombres; si aquellos habrían permanecido sin este vicio, si no hubieran caído, es decir, sin gratulación por la caída de otros; y estos no podrán estar sin él? ¿Cómo, entonces, deberán ser bienaventurados con este vicio? Además, ¿con qué audacia diremos que Dios no quiere, o no puede, hacer esta restauración sin este vicio?

BOS. ¿No es similar en las naciones que fueron llamadas a la fe, porque los judíos la rechazaron?

ANS. No; porque si todos los judíos hubieran creído, las naciones aún serían llamadas: porque "en toda nación, el que teme a Dios y obra justicia es acepto a él" (Hechos X, 35). Pero como los judíos despreciaron a los apóstoles, esa fue entonces la ocasión para que se convirtieran a las naciones.

BOS. De ninguna manera veo qué puedo decir contra esto.

ANS. ¿De dónde te parece que surge esa singular alegría por la caída ajena?

BOS. ¿De dónde, sino porque cada uno estará seguro de que donde estará, de ninguna manera estaría, si otro no hubiera caído de allí?

ANS. Si, por lo tanto, nadie tuviera esta certeza, no habría motivo para que alguien se alegrara del daño ajeno.

BOS. Así parece.

ANS. ¿Crees que alguno de ellos tendrá esta certeza; si serán muchos más de los que cayeron?

BOS. De ninguna manera puedo pensar que la tenga, o deba tenerla. ¿Cómo podrá alguien saber si fue hecho para restaurar lo que se había disminuido, o para completar lo que aún no estaba perfecto de ese número de la ciudad que se iba a constituir; pero todos estarán seguros de que fueron hechos para completar esa ciudad?

ANS. Por lo tanto, si serán más que los ángeles reprobados, nadie podrá ni deberá saber que no fue asumido allí, sino por la caída ajena.

BOS. Es verdad.

ANS. Por lo tanto, nadie tendrá motivo para alegrarse de la perdición de otro.

BOS. Así se sigue.

ANS. Por lo tanto, al ver que si los hombres elegidos serán más que los ángeles reprobados, no seguirá esa inconveniencia que necesariamente seguiría si no fueran más: y como es imposible que haya alguna inconveniencia en esa ciudad, parece necesario que los ángeles no fueron hechos en ese número perfecto, y que habrá más hombres bienaventurados que ángeles miserables.

BOS. No veo con qué razón esto pueda negarse.

ANS. Creo que aún puede decirse otra razón de la misma opinión.

BOS. También debes exponerla.

ANS. Creemos que esta masa corporal del mundo será renovada para mejor; y que esto no sucederá hasta que se complete el número de los hombres elegidos, y se perfeccione esa ciudad bienaventurada; y que no se diferirá después de su perfección. De donde se puede deducir que Dios desde el principio propuso perfeccionar ambos al mismo tiempo; para que la naturaleza menor, que no percibe a Dios, no se perfeccionara antes que la mayor, que debería disfrutar de Dios; y en la perfección de la mayor, cambiada para mejor, de alguna manera se congratulara; más bien, toda criatura se alegraría eternamente de su consumación tan gloriosa y admirable, congratulándose con el Creador y entre sí, cada una a su manera; para que lo que la voluntad hace espontáneamente en la naturaleza racional, también la naturaleza insensible ya exhibiera naturalmente por disposición de Dios. Pues solemos alegrarnos en la exaltación de nuestros mayores: como cuando en las festividades de los santos nos regocijamos con alegría festiva por su gloria. Esta opinión parece ser apoyada por el hecho de que si Adán no hubiera pecado, Dios diferiría la perfección de esa ciudad hasta que, completado el número que esperaba de los hombres, también los hombres fueran transformados en la inmortalidad de los cuerpos, por así decirlo. Pues tenían en el paraíso una cierta inmortalidad, es decir, el poder de no morir: pero este poder no era inmortal, porque podía morir, para que, en efecto, ellos no pudieran morir. Pero si es así, que Dios desde el

principio propuso perfeccionar al mismo tiempo esa razón y ciudad bienaventurada, y esta naturaleza mundana e insensible: parece que o esa ciudad no estaba completa en el número de ángeles antes de la ruina de los malos; sino que Dios esperaba completarla con los hombres, cuando cambiara para mejor la naturaleza corporal del mundo: o si estaba completa en número, no estaba completa en confirmación; y su confirmación debía diferirse, incluso si nadie pecara en ella, hasta esa renovación del mundo que esperamos: o si esa confirmación no debía diferirse más, la renovación mundana debía acelerarse, para que se hiciera con la misma confirmación. Pero que Dios, recién hecho el mundo, lo renovara de inmediato, y destruyera en el mismo principio aquellas cosas que no existirán después de esa renovación, antes de que apareciera por qué fueron hechas, carece de toda razón. Por lo tanto, sigue que los ángeles no fueron hechos en un número perfecto, de modo que su confirmación no se diferiría mucho porque la renovación del mundo nuevo debería hacerse de inmediato: lo cual no conviene. Pero que Dios quisiera diferir esa misma confirmación hasta la futura renovación del mundo, parece inconveniente, especialmente cuando la ha perfeccionado en algunos tan pronto; y cuando se puede entender que en los primeros hombres, cuando pecaron, la habría hecho, si no hubieran pecado, como lo hizo en los ángeles perseverantes. Pues aunque aún no fueran elevados a esa igualdad de los ángeles, a la que los hombres llegarían cuando se completara el número de los que debían ser asumidos de ellos. Sin embargo, en esa justicia en la que estaban, parece que si hubieran vencido para no pecar tentados; así serían confirmados con toda su descendencia, que ya no podrían pecar: así como porque vencidos pecaron, así fueron debilitados, que, en cuanto a ellos, no pueden estar sin pecado. Pues ¿quién se atreverá a decir que la injusticia tiene más poder para atar al hombre en servidumbre, consintiéndole en la primera persuasión, que la justicia para confirmarlo en libertad, adhiriéndose a ella en la misma primera tentación? Pues así como toda la naturaleza humana estaba en los primeros padres, toda en ellos fue vencida para pecar (excepto aquel único hombre, que Dios supo hacer sin semilla de varón de una Virgen, así como supo separarlo del pecado de Adán); así en ellos toda habría vencido, si no hubieran pecado. Por lo tanto, queda que no estaba completa en ese primer número de ángeles la ciudad suprema, sino que debía completarse con los hombres. Si esto es cierto, habrá más hombres elegidos que ángeles reprobados.

BOS. Me parecen muy razonables las cosas que dices: pero ¿qué diremos; porque se lee de Dios: "Estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel" (Deut. XXXII, 8)? Lo cual algunos, porque en lugar de "hijos de Israel" se encuentra "ángeles de Dios", lo interpretan así; para que según el número de los ángeles buenos, se entienda que será asumido el número de los hombres elegidos.

ANS. Esto no contradice la opinión antes mencionada, si no es seguro que cayeron tantos ángeles como permanecieron. Pues si hay más ángeles elegidos que reprobados; y es necesario que los hombres elegidos restauren a los reprobados; y puede suceder que se igualen en número a los bienaventurados; y así habrá más hombres justos que ángeles injustos. Pero recuerda cómo comencé a responder a tu pregunta: que, si digo algo que no confirma una autoridad mayor, aunque parezca probarlo con razón, no se acepte con otra certeza, sino que por ahora me parece así, hasta que Dios me lo revele mejor de alguna manera. Pues estoy seguro de que si digo algo que sin duda contradice a la Sagrada Escritura, es falso: ni quiero sostenerlo, si lo reconozco. Pero si en aquellas cosas sobre las que se pueden tener diferentes opiniones sin peligro, como es aquello de lo que ahora tratamos: pues si no sabemos si serán más los hombres elegidos que los ángeles perdidos, o no, y estimamos una de estas cosas más que la otra, no creo que haya peligro para el alma: si, digo, en tales cosas exponemos las palabras divinas de manera que parecen favorecer diferentes opiniones,

y no se encuentra en ninguna parte donde se determine qué debe sostenerse indudablemente, no creo que deba ser reprendido. Pero lo que dijiste: "Estableció los límites de los pueblos, o de las naciones, según el número de los ángeles de Dios", que en otra traducción se lee, "según el número de los hijos de Israel": ya que ambas traducciones significan lo mismo, o cosas diferentes sin contradicción, debe entenderse de manera que tanto por los ángeles de Dios, como por los hijos de Israel, se signifiquen solo los ángeles buenos, o solo los hombres elegidos, o juntos ángeles y hombres elegidos, es decir, toda esa ciudad suprema. O por los ángeles de Dios, solo los ángeles santos; y por los hijos de Israel, solo los hombres justos. O solo los ángeles por los hijos de Israel, y los hombres justos por los ángeles de Dios. Si solo se designan los ángeles buenos por ambos, es lo mismo que si solo por los ángeles de Dios; si, en cambio, toda la ciudad celestial, este es el sentido, que tanto tiempo se asumirán pueblos, es decir, multitudes de hombres elegidos, o tanto tiempo habrá pueblos en este mundo; hasta que se complete el número predestinado de esa ciudad aún no perfecta. Pero ahora no veo cómo solo los ángeles, o juntos ángeles y hombres santos, se entiendan por los hijos de Israel: pero que los hombres santos sean llamados hijos de Israel, como hijos de Abraham, no es extraño. Que también pueden ser llamados ángeles de Dios, porque imitan la vida angélica, y se les promete semejanza e igualdad con los ángeles en el cielo, y porque todos los que viven justamente son ángeles de Dios. De donde también se les llama confesores, o mártires: pues quien confiesa y testifica la verdad, es mensajero de Dios, es decir, su ángel. Y si un hombre malo es llamado diablo, como el Señor dice de Judas por la similitud de maldad, ¿por qué no también un hombre bueno será llamado ángel, por la imitación de la justicia? Por lo tanto, podemos, creo, decir que Dios estableció los límites de los pueblos, según el número de los hombres elegidos: porque tanto tiempo habrá pueblos, y habrá procreación de hombres en este mundo, hasta que se complete el número de esos mismos hombres elegidos; y una vez completado, cesará la generación de hombres, que se hace en esta vida. Pero si por los ángeles de Dios, entendemos solo los ángeles santos, y por los hijos de Israel, solo los hombres justos, se puede entender de dos maneras que Dios estableció los límites de los pueblos según el número de los ángeles de Dios; o porque tantos pueblos, es decir, tantos hombres serán asumidos, como hay ángeles santos de Dios, o porque tanto tiempo habrá pueblos, hasta que se complete el número de los ángeles de Dios a partir de los hombres. Y esto solo veo que puede exponerse de una manera: "Estableció los límites de los pueblos, según el número de los hijos de Israel", es decir, porque (como se dijo antes) tanto tiempo habrá pueblos en este mundo, hasta que se asuma el número de los hombres santos. Y se deduce de ambas traducciones que tantos hombres serán asumidos, como ángeles permanecieron. Sin embargo, de esto no se sigue que, aunque los ángeles perdidos deban ser restaurados por los hombres, cayeron tantos ángeles como perseveraron. Sin embargo, si se dice esto, habrá que encontrar cómo no son válidas las razones expuestas anteriormente, que parecen mostrar que no había en los ángeles, antes de que algunos de ellos cayeran, ese número perfecto que mencioné antes; y que habrá más hombres elegidos que ángeles malos.

BOS. No me arrepiento de haberte obligado a hablar de los ángeles; pues no ha sido en vano: ahora vuelve a lo que dejamos.

## CAPÍTULO XIX [al., XVIII].

Que el hombre no puede salvarse sin satisfacción por el pecado.

ANS. Consta que Dios propuso restaurar con los hombres a los ángeles que cayeron. BOS. Es cierto. ANS. Por lo tanto, es necesario que los hombres en esa ciudad celestial sean tales que sean asumidos en lugar de los ángeles, como aquellos que habrían sido allí, por quienes

estarán allí, es decir, como son ahora los ángeles buenos; de lo contrario, no serán restaurados los que cayeron: y se seguirá que Dios o no podrá completar el bien que comenzó, o se arrepentirá de haber comenzado un bien tan grande: lo cual es absurdo. BOS.

Verdaderamente es necesario que los hombres sean iguales a los ángeles buenos. ANS.

¿Alguna vez pecaron los ángeles buenos? BOS. No. ANS. ¿Puedes pensar que un hombre, que alguna vez pecó y nunca satisfizo a Dios por su pecado, sino que solo fue dejado impune, sea igual a un ángel que nunca pecó? BOS. Puedo pensar y decir esas palabras; pero no puedo pensar en su sentido de esa manera; así como no puedo entender que la falsedad sea verdad.

ANS. No conviene, por lo tanto, que Dios asuma a un hombre pecador sin satisfacción para la restauración de los ángeles perdidos, ya que la verdad no permite que sea elevado a la igualdad de los buenos. BOS. Así lo muestra la razón. ANS. Considera también en el hombre solo, sin que deba igualarse a los ángeles, si Dios debe elevarlo a alguna bienaventuranza, o a tal como tenía antes de pecar. BOS. Di lo que piensas; y yo consideraré según pueda. ANS.

Supongamos que un rico tiene en su mano una perla preciosa, que nunca ha sido tocada por ninguna contaminación, y que nadie más puede quitar de su mano, a menos que él lo permita: y dispone guardarla en su tesoro, donde están las cosas más queridas y preciosas que posee. BOS. Pienso en esto, como si estuviera ante nosotros. ANS. ¿Qué, si él permite que esa misma perla sea arrancada de su mano por algún envidioso al lodo cuando podría prohibirlo, y luego, tomándola del lodo, la guarda contaminada y no lavada en algún lugar limpio y querido, para conservarla así en adelante: ¿creerías que es sabio? BOS. ¿Cómo podría? ¿No sería mucho mejor que mantuviera y guardara su perla limpia que contaminada? ANS. ¿No haría de manera similar Dios, que tenía al hombre para ser asociado con los ángeles sin pecado, como en su mano, en el paraíso; y permitió que el diablo, encendido de envidia, lo arrojara al lodo del pecado, aunque consintiendo? Pues si hubiera querido prohibir al diablo, no podría haber tentado al hombre. ¿No haría, digo, de manera similar, si devolviera al hombre manchado por la suciedad del pecado, sin ninguna elevación, es decir, sin ninguna satisfacción, a tal estado como el que tenía antes de pecar, al menos al paraíso, del cual fue expulsado? BOS. No me atrevo a negar la similitud, si Dios hiciera esto, y por eso no concedo que pueda hacerlo. Pues parecería que o no pudo llevar a cabo lo que había propuesto, o se arrepintió de su buen propósito: lo cual no puede caer en Dios. Ten, por lo tanto, por cierto que sin satisfacción, es decir, sin el pago voluntario de la deuda, ni Dios puede dejar el pecado impune, ni el pecador puede alcanzar la bienaventuranza, ni siquiera la que tenía antes de pecar: pues de este modo no se repararía al hombre ni sería tal como era antes del pecado. BOS. No puedo contradecir en absoluto tus razones. Pero, ¿qué es lo que decimos a Dios: Perdona nuestras deudas (Mat. VI): y toda la gente ora a Dios, en quien cree, para que le perdone sus pecados? Pues si pagamos lo que debemos, ¿por qué oramos para que lo perdone? ¿Acaso Dios es injusto para exigir de nuevo lo que ya está pagado? Pero si no pagamos, ¿por qué oramos en vano para que haga lo que, porque no conviene, no puede hacer? ANS. Quien no paga, en vano dice: Perdona; pero quien paga, suplica; porque esto mismo pertenece al pago, que suplique: pues Dios no debe nada a nadie, pero toda criatura le debe a Él: y por eso no conviene al hombre tratar con Dios como igual con igual. Pero de esto no es necesario responderte ahora. Pues cuando conozcas por qué murió Cristo, tal vez por ti mismo verás lo que preguntas. BOS. Me basta, por lo tanto, ahora, con lo que respondes a esta cuestión. Pero que ningún hombre pueda alcanzar la bienaventuranza con pecado, o ser liberado del pecado, a menos que pague lo que arrebató pecando, lo has mostrado tan claramente que, incluso si quisiera, no podría dudar.

CAPÍTULO XX.

Que según la medida del pecado debe ser la satisfacción; ni el hombre puede hacerlo por sí mismo.

ANS. Tampoco dudarás de esto, creo, que según la medida del pecado debe ser la satisfacción. BOS. De otro modo, de alguna manera el pecado permanecería desordenado: lo cual no puede ser, si Dios no deja nada desordenado en su reino. Pero esto está establecido porque cualquier inconveniente, por pequeño que sea, en Dios es imposible. ANS. Di, entonces, ¿qué pagarás a Dios por tu pecado? BOS. Penitencia, corazón contrito y humildad, abstinencias, y muchos trabajos corporales, y misericordia de dar y perdonar y obediencia. ANS. ¿Qué das a Dios en todas estas cosas? BOS. ¿Acaso no honro a Dios cuando, por temor y amor a Él, en la contrición del corazón rechazo la alegría temporal, en las abstinencias y trabajos piso las delicias y el descanso de esta vida, en dar y perdonar lo que es mío, soy generoso, en la obediencia me someto a Él? ANS. Cuando devuelves algo que debes a Dios, incluso si no has pecado, no debes contar esto como deuda que debes por el pecado. Pero todas estas cosas las debes a Dios, que dices. Pues tal debe ser en esta vida mortal el amor; y, a lo que pertenece la oración, el deseo de llegar a aquello para lo que fuiste hecho; y el dolor, porque aún no estás allí; y el temor, para que no llegues; de modo que no debes sentir ninguna alegría, excepto por aquellas cosas que te dan ayuda o esperanza de llegar. Pues no mereces tener lo que no amas y deseas según lo que es; y de lo cual, porque aún no lo tienes, y todavía estás en tanto peligro de si lo tendrás o no, no te duele. A lo que también pertenece huir del descanso y las delicias mundanas, que apartan el ánimo de aquel verdadero descanso y deleite: excepto en cuanto reconoces que es suficiente para la intención de llegar allí. Pero debes considerar que das por deber lo que das; como entiendes que lo que das no lo tienes de ti mismo; sino de Aquel, cuyo siervo eres tú, y aquel a quien das: y la naturaleza te enseña que debes hacer a tu semejante, es decir, hombre a hombre, lo que quieres que te haga a ti; y porque quien no quiere dar lo que tiene, no debe recibir lo que no tiene. De la remisión digo brevemente que de ninguna manera te correspondería la venganza, como dijimos antes, porque ni tú eres tuyo; ni aquel que te hizo la injuria es tuyo o suyo, sino siervos de un solo Señor, hechos de la nada por Él: y si te vengas de tu consiervo; el juicio, que es propio del Señor y juez de todos, lo asumes sobre él con soberbia. En la obediencia, ¿qué das a Dios, que no debes: a quien, mandando, debes todo lo que eres, y lo que tienes y lo que puedes? BOS. Ya no me atrevo a decir que en todas estas cosas doy a Dios lo que debo. ANS. ¿Qué, entonces, pagarás a Dios por tu pecado? BOS. Si a mí mismo, y todo lo que puedo, incluso cuando no pecco, se lo debo a Él, para no pecar; no tengo nada que devolverle por el pecado. ANS. ¿Qué será, entonces, de ti? ¿Cómo podrás ser salvo? BOS. Si considero tus razones, no veo cómo. Pero si recurro a mi fe; en la fe cristiana, que obra por el amor (Gál. V, 7), espero poder ser salvo, y porque leemos, si el injusto se convierte de su injusticia, y hace justicia, todas sus injusticias serán olvidadas (Ezequiel XVIII). ANS. Esto no se dice sino a aquellos que esperaron a Cristo, antes de que viniera; o creen en Él, después de que vino. Pero hemos supuesto a Cristo y la fe cristiana, como si nunca hubieran existido; cuando propusimos investigar solo con la razón, si su venida era necesaria para la salvación de los hombres. BOS. Así lo hicimos. ANS. Procedamos, pues, solo con la razón. BOS. Aunque me llevas a ciertas angustias, deseo mucho que continúes como comenzaste.

## CAPÍTULO XXI.

Cuánto pesa el pecado.

ANS. Supongamos que todas aquellas cosas que mencionaste ahora puedes pagar por el pecado, que no debes; y veamos si pueden ser suficientes para la satisfacción de un pecado tan pequeño, como es una sola mirada contra la voluntad de Dios. BOS. Si no fuera porque te

oigo poner esto en cuestión, pensaría que este pecado se borra con una sola compunción. ANS. Aún no has considerado cuánto pesa el pecado. BOS. Ahora muéstramelo. ANS. Si te vieras en la presencia de Dios, y alguien te dijera: Mira allí; y Dios, por el contrario: No quiero de ninguna manera que mires; busca tú mismo en tu corazón, qué es, en todas las cosas que existen, por lo que deberías hacer esa mirada contra la voluntad de Dios. BOS. No encuentro nada por lo que deba hacerlo, a menos que tal vez esté en tal necesidad, que sea necesario que haga esto o un pecado mayor. ANS. Elimina esta necesidad: y considera solo este pecado, si puedes hacerlo para redimirte a ti mismo. BOS. Claramente veo que no puedo. ANS. Para no prolongarte más: ¿qué, si fuera necesario que todo el mundo, y todo lo que no es Dios, pereciera y se redujera a la nada; o que hicieras esa cosa tan pequeña contra la voluntad de Dios? BOS. Cuando considero la acción misma, veo que es algo muy leve; pero cuando miro lo que es contra la voluntad de Dios, entiendo que es algo muy grave, y comparable a ningún daño: pero a veces solemos hacer algo contra la voluntad de alguien sin reproche, para que sus cosas se conserven; lo cual después le agrada, hacemos contra su voluntad. ANS. Esto se hace con el hombre, que a veces no entiende lo que le es útil, o no puede restaurar lo que perdió; pero Dios no necesita nada, y todo, si pereciera, podría, como lo hizo, restaurarlo. BOS. Me veo obligado a confesar que para conservar toda la creación no debería hacer nada contra la voluntad de Dios. ANS. ¿Qué, si hubiera muchos mundos llenos de criaturas, como este? BOS. Si se multiplicaran en número infinito, y se me mostraran de manera similar, respondería lo mismo. ANS. Nada más correcto puedes: pero considera también, si sucediera que hicieras esa mirada contra la voluntad de Dios, ¿qué podrías pagar por este pecado? BOS. No tengo nada más grande que lo que dije antes. ANS. Así pecamos gravemente, cada vez que hacemos conscientemente algo, por pequeño que sea, contra la voluntad de Dios: porque siempre estamos en su presencia, y siempre Él nos ha mandado que no pequemos. BOS. Según escucho, vivimos muy peligrosamente. ANS. Está claro que Dios exige satisfacción según la cantidad. BOS. No puedo negarlo. ANS. Por lo tanto, no satisfaces, si no devuelves algo mayor que aquello por lo que no debiste pecar. BOS. Y veo que la razón lo exige así, y es completamente imposible. ANS. Ni Dios puede asumir a ningún hombre obligado de alguna manera por la deuda del pecado a la bienaventuranza, porque no debe. BOS. Esta sentencia es muy grave. ANS. Escucha aún otra cosa, por la cual no es menos difícil que el hombre se reconcilie con Dios. BOS. Si la fe no me consolara, esto solo me obligaría a desesperar. ANS. Sin embargo, escucha. BOS. Di.

## CAPÍTULO XXII.

Qué afrenta hizo el hombre a Dios, cuando se permitió ser vencido por el diablo; por la cual no puede satisfacer.

ANS. El hombre hecho sin pecado en el paraíso, fue puesto como por Dios entre Dios y el diablo, para vencer al diablo no consintiendo al que sugiere el pecado para la excusa y honor de Dios, y para la confusión del diablo; cuando el más débil en la tierra no pecara, el mismo diablo sugiriendo, que el más fuerte pecó en el cielo, sin que nadie lo sugiriera: y, cuando el hombre podía hacer esto fácilmente, sin ser obligado por la fuerza, se permitió ser vencido voluntariamente a la voluntad del diablo, y contra la voluntad y honor de Dios. BOS. ¿A qué quieres llegar? ANS. Juzga tú mismo, si no es contra el honor de Dios, que el hombre se reconcilie con Él con la calumnia de esta afrenta hecha a Dios, a menos que primero honre a Dios venciendo al diablo; como deshonoró a Él siendo vencido por el diablo. Pero tal victoria debe ser, que así como el fuerte y con poder inmortal consintió fácilmente al diablo para pecar, por lo cual justamente incurrió en la pena de la mortalidad: así el débil y mortal, como se hizo a sí mismo, vengza al diablo a través de la dificultad de la muerte, para que de ninguna manera peque; lo cual no puede hacer, mientras sea concebido y nacido en pecado por la

herida del primer pecado. BOS. De nuevo digo que la razón prueba lo que dices; y es imposible. ANS. Aún toma una cosa más, sin la cual el hombre no se reconcilia justamente: ni es menos imposible. BOS. Ya has propuesto tantas cosas que debemos hacer, que cualquier cosa que añadas no puede asustarme más. ANS. Sin embargo, escucha. BOS. Escucho.

### CAPÍTULO XXIII.

Qué quitó el hombre a Dios cuando pecó, que no puede devolver.

ANS. ¿Qué quitó el hombre a Dios cuando se permitió ser vencido por el diablo? BOS. Di tú, como comenzaste; porque no sé qué, sobre estos males que has mostrado, podría añadir. ANS. ¿No quitó a Dios todo lo que había propuesto hacer de la naturaleza humana? BOS. No se puede negar. ANS. Atiende a la estricta justicia; y juzga según ella, si el hombre satisface a Dios en igualdad con el pecado; a menos que devuelva a Dios lo mismo que, permitiéndose ser vencido por el diablo, le quitó a Dios, venciendo al diablo: para que así como por esto que fue vencido, el diablo arrebató lo que era de Dios, y Dios perdió; así, por esto que vence, el diablo pierda, y Dios recupere. BOS. Nada más estricto ni más justo se puede pensar. ANS. ¿Crees que la suma justicia puede violar esta justicia? BOS. No me atrevo a pensarlo. ANS. De ninguna manera, por lo tanto, debe o puede el hombre recibir de Dios lo que Dios propuso darle; si no devuelve a Dios todo lo que le quitó: para que así como por él Dios perdió, así por él Dios recupere. Lo cual no puede hacerse de otra manera, sino que, así como por el vencido toda la naturaleza humana fue corrompida y como fermentada con pecado, con el cual Dios no asume a nadie para completar esa ciudad celestial: así por el vencedor sean justificados del pecado tantos hombres, como completarían aquel número, para el cual fue hecho el hombre. Pero esto de ninguna manera puede hacerlo el hombre pecador; porque el pecador no puede justificar al pecador. BOS. Y nada más justo, y nada más imposible: pero de todo esto parece que la misericordia de Dios y la esperanza del hombre perecen, en cuanto a la bienaventuranza se refiere, para la cual fue hecho el hombre. ANS. Espera aún un poco. BOS. ¿Qué tienes más?

### CAPÍTULO XXIV.

Que mientras el hombre no devuelva a Dios lo que debe, no puede ser bienaventurado: ni se excusa la impotencia.

ANS. Si se dice que un hombre es injusto porque no devuelve a otro lo que le debe, con mayor razón es injusto quien no devuelve a Dios lo que le debe. BOS. Si puede y no devuelve, ciertamente es injusto. Pero si no puede, ¿cómo es injusto? ANS. Quizás, si no hay causa de impotencia en él, puede ser excusado en cierta medida. Pero si en esa impotencia hay culpa, así como no aligera el pecado, tampoco excusa al que no devuelve lo debido. Pues si alguien impone una tarea a su siervo y le ordena que no se arroje a un pozo que le muestra, del cual no podría salir de ninguna manera, y el siervo, despreciando el mandato y la advertencia de su señor, se arroja voluntariamente al pozo mostrado, de modo que no puede realizar la tarea impuesta, ¿crees que esa impotencia le servirá de excusa para no hacer la tarea impuesta? BOS. De ninguna manera, sino que más bien aumenta su culpa, porque él mismo se causó esa impotencia. Ha pecado doblemente, porque no hizo lo que se le ordenó hacer, y porque hizo lo que se le prohibió hacer. ANS. Así es el hombre que se obligó voluntariamente a una deuda que no puede pagar; y por su culpa se arrojó a esta impotencia, de modo que no puede pagar lo que debía antes del pecado, es decir, no pecar; ni lo que debe

porque pecó: es inexcusable. Pues la misma impotencia es culpa, porque no debería tenerla, más bien debería no tenerla: así como es culpa no tener lo que se debe tener, también es culpa tener lo que no se debe tener. Así como es culpa para el hombre no tener el poder que recibió para poder evitar el pecado, así es culpa tener la impotencia que le impide evitar la injusticia y el pecado; ni puede devolver lo que debe por el pecado. Pues voluntariamente hizo lo que le hizo perder ese poder y caer en esta impotencia. No tener el poder que se debe tener es lo mismo que tener la impotencia que no se debe tener. Por lo tanto, la impotencia de devolver a Dios lo que se debe, que hace que no se devuelva, no excusa al hombre si no devuelve: porque el efecto del pecado no excusa el pecado que causa. BOS. Y es muy grave, y así debe ser. ANS. Por lo tanto, el hombre que no devuelve a Dios lo que debe es injusto. BOS. Es muy cierto; pues es injusto porque no devuelve, y es injusto porque no puede devolver. ANS. Ningún injusto será admitido a la bienaventuranza; porque así como la bienaventuranza es suficiencia, en la que no hay indignidad, así no le conviene a nadie en quien no haya justicia pura, sin ninguna injusticia. BOS. No me atrevo a creer de otra manera. ANS. Por lo tanto, quien no paga a Dios lo que debe, no podrá ser bienaventurado. BOS. Tampoco puedo negar esto. ANS. Si quieres decir que Dios misericordioso perdona al suplicante lo que debe, porque no puede devolverlo, no se puede decir que perdona, a menos que sea esto que el hombre debe devolver voluntariamente y no puede, es decir, lo que puede ser recompensado por el pecado que no debería haberse cometido por la conversión de toda cosa que no sea Dios; o esto que iba a quitarle castigando, como dije antes, es decir, la bienaventuranza: pero si perdona lo que el hombre debe devolver voluntariamente porque no puede devolverlo, ¿qué es sino que Dios perdona lo que no puede tener? Pero es una burla atribuir tal misericordia a Dios. Pero si perdona lo que iba a quitarle involuntariamente, debido a la impotencia de devolver lo que debe devolver voluntariamente, Dios relaja el castigo y hace al hombre bienaventurado por el pecado, porque tiene lo que no debe tener. Pues no debe tener esa impotencia, y por lo tanto, mientras la tenga sin satisfacción, es pecado para él: pero tal misericordia de Dios es demasiado contraria a su justicia, que solo permite que se devuelva el castigo por el pecado. Por lo tanto, así como es imposible que Dios sea contrario a sí mismo, es imposible que sea misericordioso de esta manera. BOS. Veo que se debe buscar otra misericordia de Dios que esta. ANS. Sea así: Dios perdona al que no paga lo que debe, porque no puede. BOS. Así lo desearía. ANS. Pero mientras no devuelva, o querrá devolver o no querrá. Pero si quiere lo que no puede, será indigente; si no quiere, será injusto. BOS. Esto es clarísimo. ANS. Pero ya sea indigente o injusto, no será bienaventurado. BOS. Y esto es evidente. ANS. Por lo tanto, mientras no devuelva, no podrá ser bienaventurado. BOS. Si Dios sigue la razón de la justicia, no hay manera de que el pobre hombre escape; y la misericordia de Dios parece perecer. ANS. Pediste razón, recibe razón; no niego que Dios es misericordioso, quien salva a hombres y bestias, como ha multiplicado su misericordia. Pero hablamos de esa última misericordia, por la cual después de esta vida hace al hombre bienaventurado: creo haber demostrado suficientemente que esta bienaventuranza no debe darse a nadie, a menos que sus pecados le hayan sido completamente perdonados; y que este perdón no se hace, a menos que se devuelva lo que se debe por el pecado según la magnitud del pecado, con las razones expuestas anteriormente. Si te parece que alguna objeción puede hacerse a estas razones, debes decirlo. BOS. Yo, en verdad, no veo que ninguna de tus razones pueda ser debilitada de alguna manera. ANS. Ni yo, si se consideran bien, lo creo: sin embargo, si al menos una de todas las que he expuesto se fortalece con verdad inexpugnable, debería ser suficiente. Pues ya sea que la verdad se demuestre inexpugnablemente con un argumento o con varios, se defiende igualmente de toda duda. BOS. Así es. ¿Cómo, entonces, será salvo el hombre, si él mismo no paga lo que debe; ni debe ser salvado si no paga? ¿O con qué cara afirmaremos que Dios, rico en misericordia más allá del entendimiento humano, no puede hacer esta misericordia? ANS. Esto debes exigir ahora de aquellos (que no creen

que Cristo sea necesario para la salvación del hombre) en cuyo lugar hablas; para que digan cómo el hombre puede ser salvado sin Cristo. Si no pueden de ninguna manera, que dejen de burlarse de nosotros, y se unan a nosotros, que no dudamos que el hombre puede ser salvado por Cristo, o que desesperen de que esto pueda hacerse de alguna manera: si lo temen, que crean con nosotros en Cristo para que puedan ser salvados. BOS. Te pregunto, como comencé, que me muestres por qué razón el hombre es salvado por Cristo.

## CAPÍTULO XXV.

Que el hombre se salva necesariamente por Cristo.

ANS. ¿No se prueba suficientemente que el hombre puede ser salvado por Cristo, cuando incluso los infieles no niegan que el hombre de ninguna manera puede ser bienaventurado, y se ha demostrado suficientemente que si suponemos que Cristo no existe, de ninguna manera puede encontrarse la salvación del hombre? O bien por Cristo, o por algún otro, o de ninguna manera podrá el hombre ser salvo: por lo tanto, si es falso que de ninguna manera, o de alguna otra manera puede ser esto, es necesario que sea por Cristo. BOS. Si alguien, viendo la razón de que de otra manera no puede ser, y no entendiéndolo por qué razón puede ser por Cristo, quiere afirmar que ni por Cristo, ni de ninguna manera puede ser esto: ¿qué le responderemos? ANS. ¿Qué se debe responder a quien afirma que es imposible lo que es necesario que sea, porque no sabe cómo es? BOS. Que es insensato. ANS. Por lo tanto, lo que dice debe ser despreciado. BOS. Es verdad; pero debe mostrarse por qué razón es lo que considera imposible. ANS. ¿No entiendes por lo que hemos dicho antes que es necesario que algunos hombres lleguen a la bienaventuranza? Pues si es inconveniente para Dios llevar al hombre con alguna mancha a lo que lo hizo sin ninguna mancha; para que no parezca que se arrepiente del buen comienzo, o que no puede cumplir su propósito: mucho más por la misma inconveniencia es imposible que ningún hombre sea llevado a lo que fue hecho. Por lo tanto, o fuera de la fe cristiana debe encontrarse la satisfacción del pecado, como hemos demostrado que debe ser; lo cual ninguna razón puede mostrar, o debe creerse indudablemente que está en ella. Pues lo que se concluye que es verdaderamente necesario por razón necesaria, no debe ser llevado a ninguna duda, incluso si no se percibe la razón de cómo es. BOS. Es verdad lo que dices. ANS. ¿Qué más buscas entonces? BOS. No vine para que me quites la duda de la fe; sino para que me muestres la razón de mi certeza: por lo tanto, así como me has llevado razonablemente a ver que el hombre pecador debe a Dios por el pecado lo que no puede devolver; y que si no lo devuelve no puede ser salvado, así quiero que me lleves allí, para que con necesidad razonable entienda que deben ser todas aquellas cosas que la fe católica nos manda creer sobre Cristo, si queremos ser salvados; y qué valen para la salvación del hombre; y cómo Dios salva al hombre con misericordia, cuando no le perdona el pecado, a menos que devuelva lo que debe por él: y para que tus argumentaciones sean más ciertas, comienza desde lejos, para que las establezcas sobre un fundamento firme. ANS. Que Dios me ayude ahora, porque no me perdonas en absoluto, ni consideras la debilidad de mi conocimiento, al que impones una obra tan grande. Sin embargo, intentaré, ya que he comenzado, no confiando en mí, sino en Dios; y haré lo que pueda, con su ayuda. Pero para que no se genere fastidio en quien quiera leer esto por una continuación demasiado larga, distingamos lo dicho de lo que se va a decir con otro comienzo.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Que el hombre fue hecho justo por Dios, para que al disfrutar de Dios fuera bienaventurado.

No debe dudarse que la naturaleza racional fue hecha justa por Dios para que al disfrutar de Él fuera bienaventurada. Pues es racional para discernir entre lo justo y lo injusto, entre el bien y el mal, entre el mayor bien y el menor bien; de lo contrario, habría sido hecha racional en vano. Pero Dios no la hizo racional en vano. Por lo tanto, no hay duda de que fue hecha racional para esto. De manera similar, se prueba que recibió el poder de discernir para odiar y evitar el mal, y amar y elegir el bien, y amar y elegir más el mayor bien. De lo contrario, Dios le habría dado en vano el poder de discernir: porque discerniría en vano si no amara y evitara según la discreción. Pero no conviene que Dios haya dado en vano tal poder. Por lo tanto, es cierto que la naturaleza racional fue hecha para amar y elegir el sumo bien sobre todas las cosas, no por otra cosa, sino por sí mismo; pues si por otra cosa, no ama a él, sino a otra cosa. Pero esto no puede hacerlo a menos que sea justo. Por lo tanto, para que no sea en vano racional, fue hecha racional y justa al mismo tiempo. Si, por lo tanto, fue hecha justa para amar y elegir el sumo bien; o fue hecha tal para que alguna vez alcanzara lo que amaba y elegía, o no. Pero si no fue hecha justa para alcanzar lo que así ama y elige, fue hecha tal en vano, para que así lo amara y eligiera; y no habrá razón alguna por la cual deba alcanzarlo alguna vez. Por lo tanto, mientras amando y eligiendo el sumo bien, haga lo que fue hecha para hacer, será miserable; porque será indigente contra su voluntad, al no tener lo que desea: lo cual es muy absurdo. Por lo tanto, la naturaleza racional fue hecha justa para que al disfrutar del sumo bien, es decir, de Dios, fuera bienaventurada: por lo tanto, el hombre, que es naturaleza racional, fue hecho justo para que al disfrutar de Dios fuera bienaventurado.

## CAPÍTULO II.

Que el hombre no moriría si no hubiera pecado.

ANS. Que fue hecho tal que no moriría por necesidad, se prueba fácilmente de aquí; porque, como ya dijimos, repugna a la sabiduría y justicia de Dios que obligue al hombre a sufrir la muerte sin culpa, a quien hizo justo para la bienaventuranza eterna. Por lo tanto, sigue que si nunca hubiera pecado, nunca moriría.

## CAPÍTULO III.

Que el hombre resucitará con el cuerpo en el que vive en esta vida.

ANS. De donde se prueba claramente la futura resurrección de los muertos. Pues si el hombre ha de ser restaurado perfectamente, debe ser restituido tal como sería si no hubiera pecado.

BOS. No puede ser de otra manera. ANS. Así como si no hubiera pecado, el hombre habría sido transformado en incorruptibilidad con el mismo cuerpo que llevaba; así, cuando sea restaurado, debe ser restaurado con su cuerpo, en el que vive en esta vida. BOS. ¿Qué responderemos si alguien dice que esto debe hacerse con aquellos en quienes se restaurará el género humano; pero que no es necesario para los réprobos? ANS. Nada más justo o conveniente se entiende que así como el hombre, si hubiera perseverado en la justicia, sería eternamente bienaventurado en cuerpo y alma; así, si persevera en la injusticia, será eternamente miserable de la misma manera. BOS. Brevemente me has satisfecho sobre esto.

## CAPÍTULO IV.

Que Dios completará lo que comenzó con la naturaleza humana.

ANS. De esto es fácil conocer que Dios completará lo que comenzó con la naturaleza humana; o de lo contrario, habría hecho en vano una naturaleza tan sublime para un bien tan

grande. Pero si no se reconoce que Dios ha hecho nada más precioso que la naturaleza racional para gozar de Él; es muy ajeno a Él permitir que alguna naturaleza racional perezca completamente. BOS. Un corazón racional no puede pensar de otra manera. ANS. Por lo tanto, es necesario que Dios complete lo que comenzó con la naturaleza humana; pero esto, como dijimos, no puede hacerse sin la satisfacción completa del pecado, que ningún pecador puede hacer. BOS. Ya entiendo que es necesario que Dios complete lo que comenzó; para que no parezca que falla en su propósito de manera indigna.

## CAPÍTULO V.

Que aunque esto debe hacerse necesariamente, sin embargo, no lo hará por necesidad obligante: y cuál es la necesidad que quita o disminuye la gracia; y cuál es la necesidad que la aumenta.

BOS. Pero si es así, parece que Dios es casi obligado por la necesidad de evitar la indecencia, para procurar la salvación humana. ¿Cómo, entonces, se podrá negar que hace esto más por sí mismo que por nosotros? Pero si es así, ¿qué gracia le debemos por lo que hace por sí mismo? ¿Cómo también imputaremos nuestra salvación a su gracia, si nos salva por necesidad? ANS. Hay una necesidad que quita o disminuye la gracia al benefactor; y hay una necesidad por la cual se debe mayor gracia por el beneficio. Pues cuando alguien hace el bien por una necesidad a la que está sujeto involuntariamente, se le debe poca o ninguna gracia. Pero cuando él mismo se somete voluntariamente a la necesidad de hacer el bien, y no la soporta involuntariamente, entonces ciertamente merece mayor gracia por el beneficio. Pues esto no debe llamarse necesidad, sino gracia; porque la asumió o la mantiene sin ser obligado, sino gratuitamente. Pues si lo que hoy prometes dar mañana lo das mañana con la misma voluntad con la que lo prometiste, aunque sea necesario que mañana devuelvas lo prometido, si puedes, o mentirás; sin embargo, no se te debe menos por el beneficio otorgado a quien das, que si no hubieras prometido: porque no te hiciste deudor antes del tiempo de dar por obligación. Tal es cuando alguien promete voluntariamente el propósito de una vida santa. Aunque debe cumplirlo por necesidad después del voto, para no incurrir en la condenación del apóstata; y aunque pueda ser obligado a cumplirlo si no quiere: si, sin embargo, no lo cumple involuntariamente, sino con la misma libertad con la que lo prometió, no es menos, sino más grato a Dios que si no hubiera prometido: porque no solo renunció a la vida común, sino también a su licencia por Dios; y no se dice que vive santamente por necesidad, sino con la misma libertad con la que prometió. Por lo tanto, mucho más si Dios hace el bien al hombre que comenzó, aunque no le conviene fallar en el bien comenzado, debemos imputarlo todo a la gracia: porque lo comenzó por nosotros, no por sí mismo, sin necesitar nada. Pues no le ocultó lo que el hombre haría cuando lo creó: y sin embargo, por su bondad, al crear al hombre, se obligó voluntariamente a completar el bien comenzado. En definitiva, Dios no hace nada por necesidad, porque de ninguna manera es obligado o impedido de hacer algo. Y cuando decimos que Dios hace algo casi por necesidad de evitar la deshonestidad, que ciertamente no teme; más bien debe entenderse que lo hace por necesidad de mantener la honestidad: la cual necesidad no es otra cosa que la inmutabilidad de su honestidad, que tiene de sí mismo, y no de otro; y por lo tanto, impropriamente se llama necesidad. Sin embargo, digamos que es necesario que la bondad de Dios, por su inmutabilidad, complete en el hombre lo que comenzó; aunque todo el bien que hace es gracia. BOS. Lo concedo.

## CAPÍTULO VI.

Que la satisfacción por la cual el hombre se salva no puede ser hecha sino por Dios hecho hombre.

ANS. Esto, pues, que esto no puede suceder, a menos que haya alguien que ofrezca a Dios por el pecado del hombre algo mayor que todo lo que no es Dios. BOS. Así es, ciertamente. ANS. Aquel que pueda dar a Dios algo de lo suyo, que supere todo lo que está bajo Dios, necesariamente debe ser mayor que todo lo que no es Dios. BOS. No puedo negarlo. ANS. Pero nada hay por encima de todo lo que no es Dios, excepto Dios mismo. BOS. Es verdad. ANS. Por lo tanto, nadie puede hacer esta satisfacción, excepto Dios. BOS. Así se sigue. ANS. Pero tampoco debe hacerlo, a menos que sea hombre; de lo contrario, no satisface el hombre. BOS. No parece haber nada más justo. ANS. Si, por lo tanto, como es evidente, es necesario que de los hombres se complete esa ciudad celestial; y esto no puede ser, a menos que se realice la satisfacción mencionada, que no puede hacer sino Dios, ni debe sino el hombre; es necesario que la haga Dios hombre. BOS. Bendito sea Dios: ya hemos encontrado algo grande de lo que buscamos: prosigue, pues, como has comenzado. Espero que Dios nos ayudará. ANS. Ahora debemos investigar cómo puede hacerse Dios hombre.

## CAPÍTULO VII.

Que es necesario que sea el mismo perfecto Dios y perfecto hombre.

La naturaleza divina y la humana no pueden transformarse una en otra, de modo que la divina se convierta en humana, o la humana en divina; ni mezclarse de tal manera que surja una tercera cosa de ambas, que no sea completamente divina ni humana. Finalmente, si pudiera suceder que una se convirtiera en la otra, o sería solo Dios y no hombre; o solo hombre y no Dios: o si se mezclaran de tal manera que de dos corrompidas surgiera una tercera (como de dos individuos animales de diferentes especies, macho y hembra, nace un tercero, que no conserva la naturaleza íntegra ni del padre ni de la madre, sino que de ambas surge una tercera mezclada), no sería ni hombre ni Dios. Por lo tanto, no puede hacerse el hombre Dios que buscamos, a partir de la naturaleza divina y humana, ni por conversión de una en otra, ni por mezcla corruptiva de ambas en una tercera, porque estas cosas no pueden hacerse; o si pudieran hacerse, no servirían para lo que buscamos. Pero si de alguna manera se dice que estas dos naturalezas se unen íntegramente, de modo que uno sea hombre y otro sea Dios, y no sea el mismo Dios quien es hombre; es imposible que ambos hagan lo que es necesario hacer. Pues Dios no lo hará, porque no debe; y el hombre no lo hará, porque no puede: por lo tanto, para que esto lo haga Dios hombre, es necesario que sea el mismo perfecto Dios y perfecto hombre, quien hará esta satisfacción: porque no puede hacerla, a menos que sea verdadero Dios; ni debe, a menos que sea verdadero hombre. Por lo tanto, ya que, manteniendo la integridad de ambas naturalezas, es necesario encontrar a Dios hombre; no menos necesario es que estas dos naturalezas íntegras se unan en una sola persona, así como el cuerpo y el alma racional se unen en un solo hombre: porque de otro modo no puede ser que el mismo sea perfecto Dios y perfecto hombre. BOS. Me agrada todo lo que dices.

## CAPÍTULO VIII.

Que es necesario que Dios asuma al hombre del linaje de Adán y de una virgen mujer.

ANS. Resta ahora preguntar de dónde y cómo asumirá Dios la naturaleza humana. O bien la asumirá de Adán, o hará un nuevo hombre, como hizo a Adán de ningún otro hombre. Pero si hace un nuevo hombre no del linaje de Adán, no pertenecerá al género humano, que nació de Adán: por lo cual no deberá satisfacer por él, porque no será de él. Pues así como es justo que por la culpa del hombre satisfaga el hombre; así es necesario que el que satisface sea el

mismo que el pecador o del mismo linaje: de otro modo ni Adán ni su linaje satisfarían por sí mismos. Por lo tanto, así como el pecado de Adán y Eva se propagó a todos los hombres; así nadie, excepto ellos mismos, o quien de ellos nazca, debe satisfacer por el pecado de los hombres. Por lo tanto, ya que ellos no pueden, es necesario que sea de ellos quien lo haga. Además: así como Adán y todo su linaje se habrían mantenido por sí mismos sin el sustento de otra criatura, si no hubieran pecado: así es necesario que si el mismo linaje se levanta después de la caída, se levante y se restaure por sí mismo. Pues por quienquiera que sea restituido a su estado, por él, ciertamente, permanecerá, por quien recupere su estado. Dios también, cuando hizo por primera vez la naturaleza humana en solo Adán, y no quiso hacer a la mujer, para que de ambos sexos se multiplicaran los hombres, sino de él mismo, mostró claramente que no quiso hacer de Adán sino lo que iba a hacer de la naturaleza humana. Por lo tanto, si el linaje de Adán es restaurado por algún hombre que no sea del mismo linaje; no será restaurado a la dignidad que habría tenido si Adán no hubiera pecado, y por lo tanto no será restaurado íntegramente, y el propósito de Dios parecerá fallar, lo cual es inconveniente: por lo tanto, es necesario que de Adán se asuma al hombre, por quien se restaure el linaje de Adán. BOS. Si seguimos la razón, como hemos propuesto, esto inevitablemente debe ser así. ANS. Investigamos ahora si la naturaleza del hombre debe ser asumida por Dios de padre y madre, como los demás hombres; o de hombre sin mujer, o de mujer sin hombre. Pues de cualquier manera que sea de estos tres modos, será de Adán y Eva, de quienes es todo hombre de ambos sexos; y ningún modo de estos tres es más fácil para Dios que los otros, para que deba ser asumido de esa manera. BOS. Bien procedes. ANS. En verdad no es necesario mucho esfuerzo para mostrar que más puro y honesto será procreado ese hombre de solo hombre o mujer, que de la mezcla de ambos, como todos los demás hijos de los hombres. BOS. Es suficiente. ANS. Por lo tanto, debe ser asumido de solo hombre o de sola mujer. BOS. No puede ser de otro modo. ANS. Dios puede hacer al hombre de cuatro maneras; a saber, o de hombre y mujer, como muestra el uso habitual; o ni de hombre ni de mujer, como creó a Adán; o de hombre sin mujer, como hizo a Eva; o de mujer sin hombre, lo cual aún no ha hecho. Para que, pues, pruebe también este modo de estar sujeto a su poder, y para esta misma obra haya sido reservado; nada más conveniente que asumir de mujer sin hombre a ese hombre que buscamos. Si, además, de virgen o de no virgen es más digno que esto se haga, no es necesario discutir; sino que sin ninguna duda debe afirmarse que de virgen debe nacer Dios hombre. BOS. Hablas según el deseo de mi corazón. ANS. ¿Es sólido lo que hemos dicho; o algo vano, como las nubes: lo que dijiste que los infieles nos objetan? BOS. Nada más sólido. ANS. Pinta, pues, no sobre una vanidad ficticia, sino sobre una verdad sólida, y di que es muy conveniente que así como el pecado del hombre y la causa de nuestra condenación comenzó con una mujer; así la medicina del pecado y la causa de nuestra salvación nazca de una mujer: y para que las mujeres no desesperen de pertenecer a la suerte de los bienaventurados, ya que de una mujer procedió tanto mal, es necesario que para restaurar su esperanza, de una mujer proceda tanto bien. Pinta también esto: Si era virgen la que fue causa de todo mal para el género humano; mucho más conviene que sea virgen la que será causa de todo bien. Pinta también esto: Si la mujer, que Dios hizo del hombre sin mujer, fue hecha de virgen; conviene mucho que también el hombre, que será hecho de mujer, sin hombre sea hecho de virgen. Pero de las pinturas que pueden pintarse sobre esto, porque Dios hombre debe nacer de una mujer virgen, estas ahora sean suficientes. BOS. Muy hermosas y razonables son estas pinturas.

## CAPÍTULO IX.

Que es necesario que solo el Verbo y el hombre se unan en una persona.

ANS. Ahora también debemos preguntar en qué persona Dios, que es tres personas, asumirá al hombre. Pues varias personas no pueden asumir al mismo hombre en unidad de persona. Por lo cual es necesario que esto se haga en una sola persona. Pero sobre esta unidad de persona de Dios y del hombre y en qué persona de Dios esto debe hacerse más, en la epístola [V, al. IV] sobre la Encarnación del Verbo dirigida al señor papa Urbano, he hablado tanto como creo suficiente para la presente investigación. BOS. Sin embargo, toca brevemente aquí por qué debe encarnarse más bien la persona del Hijo, que la del Padre o del Espíritu Santo. ANS. Si cualquier otra persona se encarna, habrá dos hijos en la Trinidad, a saber, el Hijo de Dios, que es Hijo incluso antes de la encarnación; y aquel que por la encarnación será hijo de la Virgen: y habrá en las personas, que siempre deben ser iguales, desigualdad según la dignidad de los nacimientos. Pues tendrá una dignidad de nacimiento más alta el nacido de Dios, que el nacido de la Virgen. Asimismo: si el Padre fuera encarnado, habría dos nietos en la Trinidad; porque el Padre sería nieto de los padres de la Virgen por el hombre asumido; y el Verbo, aunque no tenga nada del hombre, sin embargo, será nieto de la Virgen, porque será hijo de su hijo: todo lo cual es inconveniente, y no ocurre en la encarnación del Verbo. Hay también otra razón por la cual conviene más que se encarne el Hijo, que las otras personas: porque suena más conveniente que el Hijo suplique al Padre, que otra persona a otra. Asimismo: El hombre, por quien iba a orar; el diablo, a quien iba a combatir; ambos presumieron falsamente de la semejanza de Dios por su propia voluntad. Por lo cual, como que pecaron más especialmente contra la persona del Hijo, que se cree la verdadera semejanza del Padre. Por lo tanto, a aquel a quien se hace más especialmente la injuria, más convenientemente se le atribuye la venganza o el perdón de la culpa. Por lo cual, ya que la razón inevitable nos ha conducido a esto, que es necesario que la naturaleza divina y humana se unan en una persona: y esto no puede hacerse en varias personas de Dios, y esto se muestra más conveniente en la persona del Verbo que en las otras, es necesario que el Verbo Dios y el hombre se unan en una persona. BOS. Así es el camino por el que me conduces, protegido por la razón por todas partes, de modo que no veo cómo pueda desviarme de él ni a la derecha ni a la izquierda. ANS. No soy yo quien te conduce; sino aquel de quien hablamos, sin quien nada podemos, nos conduce dondequiera que seguimos el camino de la verdad.

## CAPÍTULO X.

Que el mismo hombre no muera por deuda: y cómo puede o no puede pecar: y por qué él o el ángel deben ser alabados por su justicia, aunque no puedan pecar.

ANS. Pero si ese hombre morirá por deuda, como todos los demás hombres mueren por deuda, no debemos investigar: pero si Adán no iba a morir, si no hubiera pecado, mucho más este no deberá sufrir la muerte, en quien no podrá haber pecado, porque será Dios. BOS. En esto quiero que te detengas un poco; pues ya sea que se diga que puede, ya sea que no puede pecar, en ambos casos me surge una cuestión no pequeña. Pues si se dice que no puede pecar, parece difícil de creer: pues para hablar un poco no como de aquel que nunca fue, como hemos hecho hasta ahora, sino como de aquel que conocemos y cuyos hechos conocemos, ¿quién negará que pudo hacer muchas cosas que llamamos pecados? Pues, para no mencionar otras cosas, ¿cómo diremos que no pudo mentir: lo cual siempre es pecado? Pues cuando dice a los judíos sobre el Padre: Si dijera que no lo conozco, sería como vosotros, mentiroso (Juan VIII, 55): y entre estas palabras dice: no lo conozco: ¿quién dirá que no pudo pronunciar esas tres palabras, o con otras palabras, para decir así, no lo conozco? Pues si lo hiciera, como él mismo dice, sería mentiroso, lo cual es ser pecador. Por lo tanto, ya que pudo hacer esto, pudo pecar. ANS. Y pudo decir esto; y no pudo pecar. BOS. Muéstrame esto. ANS. Todo poder sigue a la voluntad. Pues cuando digo que puedo hablar o caminar, se sobreentiende, si quiero. Pues si no se subentiende la voluntad, no es poder, sino necesidad. Pues cuando digo

que puedo ser arrastrado o vencido sin querer, esto no es mi poder, sino necesidad, y el poder de otro. Pues no es otra cosa, puedo ser arrastrado o vencido, que, otro puede arrastrarme o vencerme. Podemos, pues, decir de Cristo, que pudo mentir, si se sobreentiende, si quisiera: y ya que no pudo mentir sin querer, ni pudo querer mentir; no menos puede decirse que no pudo mentir. Así, pues, pudo, y no pudo mentir. BOS. Ahora volvamos a investigar sobre él como si aún no existiera, como hemos comenzado. Digo, pues, si no podrá pecar, porque como dices, no podrá querer; por necesidad guardará la justicia: por lo cual no será justo por libertad de albedrío. ¿Qué gracia, pues, se le deberá por su justicia? Pues solemos decir que Dios hizo al ángel y al hombre tales que pudieran pecar; para que cuando pudieran abandonar la justicia, y la guardaran por libertad de albedrío, merecieran gracia y alabanza, que no se les deberían si fueran justos por necesidad. ANS. ¿No son los ángeles, que ahora no pueden pecar, dignos de alabanza? BOS. Lo son ciertamente; porque esto, que ahora no pueden, lo merecieron por esto que pudieron y no quisieron. ANS. ¿Qué dices de Dios, que no puede pecar: ni lo mereció por el poder de pecar, que no pecó: no es digno de alabanza por su justicia? BOS. Aquí quiero que respondas por mí: pues si digo que no es digno de alabanza, sé que miento. Pero si digo que es digno de alabanza, temo debilitar la razón que dije sobre los ángeles. ANS. Los ángeles no son dignos de alabanza por su justicia, porque pudieron pecar; sino porque de algún modo tienen de sí mismos que no pueden pecar: en lo cual son algo semejantes a Dios, que tiene de sí mismo todo lo que tiene. Pues se dice que da algo, quien no quita cuando puede; y que hace que algo sea, quien cuando puede hacer que no sea, no lo hace. Así, pues, cuando el ángel pudo quitarse la justicia, y no la quitó; y hacer que no fuera justo, y no lo hizo; se afirma correctamente que él mismo se dio la justicia, y se hizo justo a sí mismo. Así, pues, tiene de sí mismo la justicia (porque la criatura no puede tenerla de sí misma de otro modo): y por eso es digno de alabanza por su justicia, y no es justo por necesidad, sino por libertad; porque impropriamente se dice necesidad, donde no hay coacción alguna, ni prohibición. Por lo tanto, ya que Dios tiene perfectamente de sí mismo todo lo que tiene; él es el más digno de alabanza por los bienes que tiene y guarda, no por necesidad alguna; sino, como dije antes, por su propia e eterna inmutabilidad. Así, pues, ese hombre, que será el mismo Dios, ya que tendrá de sí mismo todo el bien que tendrá, no por necesidad, sino por libertad, y será justo por sí mismo, y por eso será digno de alabanza. Aunque la naturaleza humana lo tenga de la divina, sin embargo, él mismo (ya que las dos naturalezas serán una persona) lo tendrá de sí mismo. BOS. Me has satisfecho en esto; y veo claramente que no podrá pecar; y sin embargo será digno de alabanza por su justicia. Pero ahora creo que debemos preguntar; ya que Dios pudo hacer tal hombre, ¿por qué no hizo tales ángeles y los dos primeros hombres, para que de igual manera no pudieran pecar, y fueran dignos de alabanza por su justicia? ANS. ¿Entiendes lo que dices? BOS. Me parece que entiendo, y por eso pregunto por qué no los hizo tales. ANS. Porque ni pudo, ni debió hacerse que cada uno de ellos fuera el mismo que Dios, como decimos de este hombre: y si preguntas por qué no hizo esto de tantas personas como hay en Dios, o al menos de una, respondo: porque la razón entonces no exigía en absoluto que esto se hiciera, sino que lo prohibía completamente (porque Dios no hace nada sin razón). BOS. Me avergüenzo de haber preguntado esto: di lo que ibas a decir. ANS. Digamos, pues, que no deberá morir, porque no será pecador. BOS. Debo concederlo.

## CAPÍTULO XI.

Que muera por su propio poder: y que la mortalidad no pertenece a la pura naturaleza del hombre.

ANS. Ahora queda por investigar si puede morir según la naturaleza humana: pues según la divina siempre será incorruptible. BOS. ¿Por qué deberíamos dudar de esto, si él será un hombre verdadero, y todo hombre es naturalmente mortal? ANS. No creo que la mortalidad pertenezca a la naturaleza pura del hombre, sino a la corrompida. Pues si el hombre nunca hubiera pecado, su inmortalidad estaría firmemente establecida; sin embargo, no dejaría de ser un verdadero hombre: y cuando los mortales resuciten en la incorruptibilidad, no serán menos verdaderos hombres: porque si la mortalidad perteneciera a la verdad de la naturaleza humana, de ninguna manera podría ser hombre quien fuera inmortal: por lo tanto, la corruptibilidad o incorruptibilidad no pertenece a la pureza de la naturaleza humana: ya que ninguna de las dos hace o destruye al hombre; sino que una contribuye a su miseria, y la otra a su bienaventuranza. Pero, dado que no hay hombre que no muera, por eso los filósofos, que no creyeron que todo el hombre alguna vez pudiera o pueda ser inmortal, colocan lo mortal en la definición del hombre. Por lo tanto, no basta, para demostrar que ese hombre debe ser mortal, el hecho de que será un verdadero hombre. BOS. Busca entonces otra razón, porque yo no la sé si tú no la sabes, por la cual se pruebe que puede morir. ANS. No hay duda de que así como será Dios, también será omnipotente. BOS. Es verdad. ANS. Si entonces quiere, podrá poner su alma y volver a tomarla. BOS. Si no puede hacer esto, no parece que sea omnipotente. ANS. Podrá, por lo tanto, nunca morir si quiere; y podrá morir y resucitar. Ya sea que ponga su alma sin que nadie más lo haga, o que otro lo haga para que la ponga con su permiso; en cuanto al poder, no hay diferencia. BOS. No hay duda. ANS. Si, por lo tanto, quiere permitirlo, podrá ser matado: y, si no quiere, no podrá. BOS. A esto nos lleva la razón de manera ineludible. ANS. La razón también nos ha enseñado que debe tener algo mayor que cualquier cosa bajo Dios; que dé voluntariamente, y no por deuda, a Dios. BOS. Así es. ANS. Pero esto no puede encontrarse ni bajo él, ni fuera de él. BOS. Es verdad. ANS. Por lo tanto, debe encontrarse en él mismo. BOS. Así se sigue. ANS. O bien se dará a sí mismo, o dará algo de sí. BOS. No puedo entenderlo de otra manera. ANS. Ahora debemos preguntar de qué tipo debe ser esta donación. Pues no podrá darse a sí mismo a Dios, o algo de sí como si no lo tuviera, para que sea suyo: porque toda criatura es de Dios. BOS. Así es. ANS. Así debe entenderse esta donación: Que de alguna manera se pondrá a sí mismo para el honor de Dios, o algo de sí de modo que no será deudor. BOS. Así se sigue de lo dicho anteriormente. ANS. Si decimos que se dará a sí mismo para obedecer a Dios, sometiéndose a su voluntad al perseverar en la justicia; no será esto dar lo que Dios no le exija por deuda. Pues toda criatura racional debe esta obediencia a Dios. BOS. Esto no se puede negar. ANS. Por lo tanto, de otra manera debe darse a sí mismo a Dios, o algo de sí. BOS. A esto nos impulsa la razón. ANS. Veamos si tal vez esto sea dar su vida, o poner su alma, o entregarse a la muerte para el honor de Dios. Pues Dios no exigirá esto de él por deuda: ya que no habrá pecado en él, no deberá morir, como hemos dicho. BOS. No puedo entenderlo de otra manera. ANS. Consideremos aún si esto conviene razonablemente. BOS. Habla tú; y yo escucharé con gusto. ANS. Si el hombre pecó por suavidad, ¿no conviene que satisfaga por aspereza? Y si fue vencido tan fácilmente por el diablo, que deshonoró a Dios pecando, de modo que no pudo ser más fácil, ¿no es justo que el hombre satisfaciendo a Dios por el pecado, venza al diablo con tanta dificultad para el honor de Dios, que no pueda ser mayor? ¿No es digno que, quien se apartó así de Dios pecando, de modo que no pudo apartarse más, se dé así a Dios satisfaciendo, de modo que no pueda darse más? BOS. No hay nada más razonable. ANS. Nada más áspero o difícil puede sufrir el hombre voluntariamente y no por deuda para el honor de Dios, que la muerte: y de ninguna manera puede el hombre darse más a Dios, que cuando se entrega a la muerte para su honor. BOS. Todo esto es verdad. ANS. Por lo tanto, debe ser tal quien quiera satisfacer por el pecado del hombre, que pueda morir si quiere. BOS. Veo claramente que ese hombre, a quien buscamos, debe ser tal que no muera por necesidad, porque será omnipotente; ni por deuda, porque nunca será pecador; y pueda morir

por libre voluntad, porque será necesario. ANS. Hay muchas otras razones por las cuales le conviene mucho tener semejanza y convivencia con los hombres sin pecado; las cuales se manifiestan más fácil y claramente por sí mismas en su vida y obras, que como podrían mostrarse solo por razón antes de la experiencia. Pues, ¿quién podría explicar cuán necesario, cuán sabiamente se hizo, que aquel que iba a redimir a los hombres, y a guiarlos de la vía de la muerte y la perdición a la vía de la vida y la bienaventuranza eterna enseñando, conviviera con los hombres; y en esa misma convivencia, mientras les enseñaba con la palabra cómo debían vivir, se ofreciera a sí mismo como ejemplo? Pero, ¿cómo se daría a sí mismo como ejemplo a los débiles y mortales, para que no se apartaran de la justicia por injurias, o afrentas, o dolores, o muerte, si no lo reconocieran sufriendo todas estas cosas?

## CAPÍTULO XII.

Que aunque participe de nuestras incomodidades, no es sin embargo miserable.

BOS. Todo esto muestra claramente que debe ser mortal, y participe de nuestras incomodidades. Pero todas estas son nuestras miserias: ¿será entonces miserable? ANS. De ninguna manera: pues así como no pertenece a la bienaventuranza el bien que alguien tiene contra su voluntad; así no es miseria asumir sabiamente algún inconveniente sin necesidad según la voluntad. BOS. Debe concederse.

## CAPÍTULO XIII.

Que con nuestras otras debilidades no tendrá ignorancia.

BOS. Pero en esta semejanza que debe tener con los hombres, dime si también tendrá ignorancia, como nuestras otras debilidades. ANS. ¿Por qué dudas de Dios, si es omnisciente? BOS. Porque aunque será inmortal por la naturaleza divina, sin embargo será mortal por la humana. Pues, ¿por qué no podría ser verdaderamente ignorante como será verdaderamente mortal? ANS. Esa asunción del hombre en la unidad de la persona de Dios no se hará sino sabiamente por la suma sabiduría; y por eso no asumirá en el hombre lo que de ninguna manera es útil, sino muy nocivo para la obra que ese mismo hombre va a realizar. Pues la ignorancia no le sería útil en absoluto, sino muy nociva: ¿cómo podría realizar tantas y tan grandes obras que va a hacer sin la suma sabiduría, o cómo le creerían los hombres si lo conocieran ignorante? Si no lo saben, ¿de qué le serviría esa ignorancia? Además, si nada se ama sino lo que se conoce: así como no habrá bien que no ame, tampoco habrá bien que ignore. Pero nadie conoce perfectamente el bien, sino quien sabe discernirlo del mal: y nadie sabe hacer esta distinción, quien ignora el mal. Así pues, como él, de quien hablamos, conocerá perfectamente todo bien: así no ignorará ningún mal. Por lo tanto, tendrá todo conocimiento, aunque no lo muestre públicamente en la convivencia con los hombres. BOS. Esto parece así en la edad adulta, como dices: pero en la infancia, así como no será tiempo adecuado para que aparezca en él la sabiduría, tampoco será necesario, y por eso no será adecuado que la tenga. ANS. ¿No dije que esa encarnación se hará sabiamente? Pues sabiamente asumirá Dios la mortalidad; la cual usará sabiamente, porque será muy útil. Pero no podrá asumir la ignorancia sabiamente: porque nunca es útil, sino siempre nociva: a menos que por ella se restrinja el efecto de una mala voluntad, que nunca estará en él. Pues, aunque a veces no perjudique para otra cosa, sin embargo, solo por esto perjudica, porque quita el bien del conocimiento: y para resolver brevemente lo que preguntas: desde que ese hombre será, siempre lleno de Dios, como será en sí mismo, por lo cual nunca estará sin su poder, y fortaleza, y sabiduría. BOS. Aunque no dudaba que esto siempre fue así en Cristo,

sin embargo pregunté para escuchar también la razón de esto. Pues a menudo estamos seguros de algo; y sin embargo no sabemos probarlo con razón.

#### CAPÍTULO XIV.

Cómo su muerte prevalece sobre el número y magnitud de todos los pecados.

Ahora te ruego que me enseñes cómo su muerte prevalece sobre el número y magnitud de todos los pecados; cuando un solo pecado (que consideramos el más leve) muestras que es tan infinito, que si se presentara un número infinito de mundos, que estuvieran tan llenos de criaturas como este, no podrían ser preservados sin ser reducidos a la nada, a menos que alguien haga un solo acto contra la voluntad de Dios, no obstante, no debería hacerse. ANS. Si ese hombre estuviera presente, y supieras quién es, y se te dijera: Si no matas a ese hombre, todo este mundo perecerá, y todo lo que no es Dios: ¿harías esto para conservar toda otra criatura? BOS. No lo haría; aunque se me presentara un número infinito de mundos. ANS. ¿Y si se te dijera de nuevo: O lo matas, o todos los pecados del mundo vendrán sobre tí? BOS. Respondería que preferiría asumir todos los demás pecados, no solo de este mundo, que fueron y que serán, sino también cualesquiera que puedan concebirse además de estos, que ese solo. Y no solo sobre la muerte de él, sino también sobre cualquier pequeña lesión que lo tocara, creo que debería responder así. ANS. Piensas correctamente: pero dime por qué tu corazón juzga así, que teme más un solo pecado en la lesión de este hombre, que todos los demás que puedan concebirse: cuando todos los pecados que se cometen, son contra él. BOS. Porque el pecado que se comete en su persona supera incomparablemente a todos aquellos que pueden concebirse fuera de su persona. ANS. ¿Qué dices a esto, que a menudo alguien sufre de buena gana algunas molestias en su persona, para no sufrir mayores en sus cosas? BOS. Porque Dios no necesita esta paciencia, a quien todo está sujeto, como tú respondiste antes a una de mis preguntas. ANS. Respondes bien; vemos entonces que a la violación de la vida corporal de este hombre no puede compararse ninguna inmensidad o multitud de pecados fuera de la persona de Dios. BOS. Es clarísimo. ANS. ¿Cuánto bien te parece, cuya destrucción es tan mala? BOS. Si su ser es tan bueno como mala es su destrucción, es un bien incomparablemente mayor que esos pecados son malos, que su destrucción supera sin medida. ANS. Dices la verdad. Considera también que los pecados son tan odiosos como son malos: y esta vida es tan amable como es buena. De donde se sigue que esta vida es más amable que los pecados son odiosos. BOS. No puedo no entender esto. ANS. ¿Crees que un bien tan grande y tan amable puede ser suficiente para pagar lo que se debe por los pecados de todo el mundo? BOS. En verdad puede mucho más, infinitamente. ANS. Ves entonces cómo esta vida supera todos los pecados, si se da por ellos. BOS. Claramente. ANS. Si entonces dar la vida, es aceptar la muerte: así como la donación de esta vida prevalece sobre todos los pecados de los hombres, así también la aceptación de la muerte.

#### CAPÍTULO XV.

Cómo la misma muerte borra incluso los pecados de quienes lo mataron.

BOS. Así es con todos los pecados que no tocan la persona de Dios, está claro. Pero ahora veo que hay otra cuestión. Pues si es tan malo matarlo como buena es su vida, ¿cómo puede su muerte superar y borrar los pecados de quienes lo mataron? O si borra el pecado de alguno de ellos, ¿cómo no puede borrar también alguno de los otros hombres? Pues creemos que muchos de ellos fueron salvados, y otros innumerables no se salvan. ANS. Esta cuestión la resuelve el Apóstol, quien dijo: porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Pues tanto difieren el pecado hecho a sabiendas, y el que se

hace por ignorancia: que el mal, que nunca podrían hacer por su enormidad, si se conociera, es perdonable, porque se hizo por ignorancia. Pues nadie podría querer matar a Dios a sabiendas, al menos: y por eso quienes lo mataron ignorándolo, no cayeron en ese pecado infinito, al que no pueden compararse otros pecados. Pues no consideramos su magnitud para ver cuán buena era esa vida, según lo que se hizo por ignorancia; sino como si se hiciera a sabiendas lo que nadie hizo nunca, ni pudo hacer. BOS. Has mostrado razonablemente que los asesinos de Cristo pudieron alcanzar el perdón de su pecado. ANS. ¿Qué más buscas ahora? He aquí ya cómo la necesidad razonable muestra que la ciudad celestial debe ser completada por los hombres, y que esto no puede hacerse sino por la remisión de los pecados, que ningún hombre puede tener sino por un hombre, que sea el mismo Dios, y que con su muerte reconcilie a los hombres pecadores con Dios. Así pues, hemos encontrado claramente que Cristo, a quien confesamos como Dios y hombre, murió por nosotros: esto, sin ninguna duda conocido; todo lo que él dice, es cierto, porque Dios no puede mentir, y no se debe dudar que lo que hizo, fue hecho sabiamente, aunque no entendamos la razón de ello. BOS. Es verdad lo que dices: ni de ninguna manera dudo que lo que dijo, sea verdad; o que lo que hizo, fue hecho razonablemente. Pero te pido esto, que lo que parece que no debe o no puede hacerse a los infieles; en la fe cristiana me expliques con qué razón debe o puede hacerse: no para confirmarme en la fe, sino para alegrarme con la comprensión de la verdad misma.

## CAPÍTULO XVI.

Cómo Dios asumió un hombre sin pecado de la masa pecadora; y sobre la salvación de Adán y Eva.

Quapropter, así como has explicado la razón de lo que se ha dicho anteriormente, te pido que muestres la razón de lo que aún voy a preguntar. Primero, cómo de la masa pecadora, es decir, del género humano, que estaba completamente infectado por el pecado, Dios asumió un hombre sin pecado, como un ázimo de la masa fermentada. Pues aunque la concepción de este hombre es pura y sin el pecado de la delectación carnal, la misma Virgen, de quien fue asumido, fue concebida en iniquidades, y su madre la concibió en pecados, y nació con el pecado original, ya que ella también pecó en Adán, en quien todos pecaron.

ANS. Después de que se ha establecido que ese hombre es Dios y el reconciliador de los pecados, no hay duda de que está completamente sin pecado: pero esto no puede ser a menos que haya sido asumido sin pecado de la masa pecadora. Si no podemos entender de qué manera la sabiduría de Dios hizo esto, no debemos maravillarnos, sino soportar con veneración que hay algo en los secretos de tan gran asunto que ignoramos. Ciertamente, Dios restauró la naturaleza humana de manera más maravillosa de lo que la creó: porque ambas cosas son igualmente fáciles para Dios; pero el hombre, antes de existir, no pecó, para que no debiera ser hecho. Sin embargo, después de ser hecho, al pecar, mereció perder lo que fue hecho para ser y para lo que fue hecho: aunque no perdió completamente lo que fue hecho, para que hubiera alguien que pudiera ser castigado o a quien Dios pudiera tener misericordia: ninguna de estas cosas podría suceder si hubiera sido reducido a la nada. Por lo tanto, Dios lo restituyó de manera más maravillosa de lo que lo instituyó: tanto más cuanto que esto lo hizo de un pecador contra el mérito; aquello no lo hizo de un pecador, ni contra el mérito. Cuánto es también que Dios y el hombre se unan de tal manera que, conservando la integridad de ambas naturalezas, el mismo sea hombre que Dios. ¿Quién, entonces, se atrevería a pensar que la inteligencia humana puede penetrar cuán sabiamente, cuán maravillosamente se ha hecho una obra tan inescrutable?

BOS. Estoy de acuerdo en que ningún hombre puede en esta vida revelar completamente un secreto tan grande: ni pido que hagas lo que ningún hombre puede hacer; sino tanto como puedas. Porque persuadirás más que hay razones más profundas en este asunto si muestras que ves alguna, que si pruebas que no entiendes ninguna razón en él, diciendo nada.

ANS. Veo que no puedo liberarme de tu insistencia: pero si de alguna manera puedo mostrar lo que pides, demos gracias a Dios. Si no puedo, que sean suficientes las cosas que se han probado anteriormente. Pues ya que está claro que era necesario que Dios se hiciera hombre, no hay duda de que no le falta sabiduría y poder para que esto se haga sin pecado.

BOS. Lo acepto con gusto.

ANS. Ciertamente era necesario que esa redención, que Cristo hizo, beneficiara no solo a aquellos que estaban en ese tiempo, sino también a otros. Supongamos que hay un rey, cuyo pueblo entero de cierta ciudad ha pecado de tal manera, excepto uno solo, que sin embargo es de su linaje, que ninguno de ellos puede hacer algo para evitar la condena de muerte: pero aquel que es el único inocente tiene tal gracia ante el rey, que puede; y tal amor hacia los culpables, que quiere reconciliar a todos los que crean en su consejo, con un servicio muy agradable al rey, que va a realizar en el día fijado según la voluntad del rey. Y puesto que no todos pueden, los que deben ser reconciliados, reunirse en ese día, el rey concede, debido a la magnitud de ese servicio, que cualquiera que antes o después de ese día confiese que quiere obtener el perdón por esa obra que se hará ese día, y acceder al pacto allí establecido, sea absuelto de toda culpa pasada: y si sucede que después de este perdón pecan de nuevo, si quieren satisfacer dignamente y corregirse en adelante, por la eficacia del mismo pacto reciban de nuevo el perdón: pero de tal manera que nadie entre en su palacio hasta que se haya hecho esto por lo que se relajen las culpas.

Según esta similitud, ya que no pudieron todos los hombres que debían ser salvados estar presentes cuando Cristo hizo esa redención; tal fue la fuerza en su muerte, que incluso se extiende su efecto a los ausentes ya sea en lugar o en tiempo. Que no solo debe beneficiar a los presentes, se reconoce fácilmente por esto; porque no pudieron estar presentes tantos en su muerte, como son necesarios para la construcción de la ciudad celestial; incluso si todos, que estaban en cualquier lugar en el tiempo de esa muerte, fueran admitidos a esa redención. Pues hay más demonios que hombres vivieran ese día, de los cuales debe restaurarse su número. Y no se debe creer que, desde que el hombre fue hecho, haya habido algún tiempo en que este mundo con las criaturas que fueron hechas para el uso de los hombres, estuviera tan vacío, que no hubiera en él alguien del género humano para lo cual fue hecho el hombre. Pues parece inconveniente que Dios permitiera que el género humano, y las cosas que hizo para el uso de aquellos de quienes se debe completar la ciudad celestial, existieran como en vano, aunque fuera por un momento. Porque parecerían ser en vano de alguna manera, mientras no se vieran subsistir para aquello para lo que principalmente fueron hechas.

BOS. Muestras con una razón congruente, y a la que nada parece oponerse, que nunca hubo un tiempo, desde que el hombre fue hecho, sin alguien que perteneciera a esa reconciliación (sin la cual todo hombre habría sido hecho en vano): lo cual no solo podemos concluir que es conveniente, sino también necesario. Pues si es más conveniente y razonable esto, que alguna vez no haber habido nadie, de quien se cumpliera la intención de Dios al hacer al hombre; y no hay nada que se oponga a esta razón: es necesario que siempre haya habido alguien perteneciente a la reconciliación mencionada. Por lo tanto, no se debe dudar que Adán y Eva pertenecieron a esa redención, aunque la autoridad divina no lo declare abiertamente.

ANS. También parece increíble que cuando Dios los hizo, y propuso inmutablemente hacer de ellos a todos los hombres que iba a asumir en la ciudad celestial; que excluyera a esos dos de este propósito.

BOS. Más bien, se debe creer que los hizo principalmente para que fueran de aquellos por quienes fueron hechos.

ANS. Consideras bien. Sin embargo, ninguna alma antes de la muerte de Cristo pudo entrar en el paraíso celestial; como dije antes sobre el palacio del rey.

BOS. Así lo sostenemos.

ANS. Pero aquella Virgen, de quien fue asumido el hombre de quien hablamos, fue de aquellos que antes de su nacimiento fueron limpiados de pecados por él; y en su misma pureza fue asumido de ella.

BOS. Me agradecería mucho lo que dices; si no fuera porque él debe tener la pureza del pecado por sí mismo, parece tenerla de su madre, y no ser puro por sí mismo, sino por ella.

ANS. No es así. Pero puesto que la pureza de la madre, por la cual él es puro, no fue sino por él; él también fue puro por sí mismo y de sí mismo.

## CAPÍTULO XVII [al. XVI].

Cómo no murió por necesidad, quien no pudo ser sino porque iba a morir.

BOS. Está bien sobre esto. Pero aún me parece que hay otra cosa que preguntar. Pues dijimos antes que no iba a morir por necesidad, y ahora vemos que su madre iba a ser pura por su muerte, lo cual si no hubiera sido, él no podría haber sido de ella. ¿Cómo, entonces, no murió por necesidad, quien no pudo ser sino porque iba a morir? Pues si no iba a morir, la Virgen, de quien fue asumido, no habría sido pura: porque esto no pudo ser de ninguna manera, sino creyendo en su verdadera muerte; ni él pudo ser asumido de ella de otra manera. Por lo tanto, si no murió por necesidad, después de haber sido asumido de la Virgen, pudo no haber sido asumido de la Virgen, después de haber sido asumido: lo cual no es posible.

ANS. Si hubieras considerado bien lo que se ha dicho antes, creo que habrías entendido que la cuestión está resuelta en ellos.

BOS. No veo cómo.

ANS. ¿No mostramos, cuando preguntamos si él pudo haber mentido, que hay dos poderes en mentir; uno, a saber, el de querer mentir, y otro el de mentir: y que, aunque tenía el poder de mentir, esto lo tuvo de sí mismo para no poder querer mentir; por lo tanto, de su justicia, por la cual guardó la verdad, debe ser alabado?

BOS. Así es.

ANS. De manera similar, en guardar la vida, hay poder de querer guardar, y poder de guardar. Por lo tanto, cuando se pregunta si el mismo Dios hombre pudo haber guardado su vida, para que nunca muriera, no hay duda de que siempre tuvo el poder de guardar, aunque no pudo querer guardar, para que nunca muriera: y puesto que esto lo tuvo de sí mismo, es decir, para no poder querer, no por necesidad, sino por libre poder entregó su alma.

BOS. No fueron del todo similares en él estos poderes, de mentir, a saber, y de guardar la vida. Pues allí sigue que, si quisiera, podría mentir: pero aquí parece que, si no quisiera, no podría más esto, que no podría no ser lo que era. Pues para esto era hombre para morir; y por la fe de esta futura muerte pudo ser asumido de la Virgen, como dijiste antes.

ANS. Así como piensas que él no pudo no morir o que murió por necesidad; porque no pudo no ser lo que era: así puedes afirmar que él no pudo querer no morir, o que quiso morir por necesidad; porque lo que era, no pudo no ser: pues no más fue hecho hombre para morir, que para querer morir. Por lo tanto, así como no debes decir que no pudo no querer morir, o que quiso morir por necesidad: así no se debe decir que no pudo no morir, o que murió por necesidad.

BOS. Más bien, puesto que ambos están sujetos a la misma razón, a saber, morir y querer morir; parece que ambos fueron en él por necesidad.

ANS. ¿Quién quiso hacerse hombre voluntariamente, para que con la misma voluntad inmutable muriera, y por la fe de esta certeza la virgen fuera hecha pura, de quien ese hombre sería asumido?

BOS. Dios Hijo de Dios.

ANS. ¿No se mostró antes que la voluntad de Dios no es forzada por ninguna necesidad; sino que se mantiene a sí misma por su inmutable espontaneidad, cuando se dice que hace algo por necesidad?

BOS. Verdaderamente se mostró. Pero vemos, por el contrario, que lo que Dios inmutablemente quiere, no puede no ser, sino que debe ser. Por lo tanto, si Dios quiso que ese hombre muriera, no pudo no morir.

ANS. Desde que el Hijo de Dios asumió al hombre con esa voluntad para que muriera, pruebas que el mismo hombre no pudo no morir.

BOS. Así lo entiendo.

ANS. ¿No apareció de manera similar de lo que se ha dicho, que el Hijo de Dios y el hombre asumido son una sola persona, de modo que el mismo es Dios y hombre, Hijo de Dios e hijo de la Virgen?

BOS. Así es.

ANS. Por lo tanto, el mismo hombre no pudo no morir por su voluntad, y murió.

BOS. No puedo negarlo.

ANS. Por lo tanto, ya que la voluntad de Dios no hace nada por necesidad, sino por su poder, y su voluntad fue la voluntad de Dios, no murió por necesidad, sino solo por su poder.

BOS. No puedo oponerme a tus argumentos: pues no puedo de ninguna manera debilitar las proposiciones que presentas, ni las consecuencias que infieres. Pero, sin embargo, siempre me viene a la mente lo que dije: que si quisiera no morir, no podría más esto, que no ser lo que era; pues verdaderamente iba a morir: porque si verdaderamente no iba a morir, no habría sido verdadera la fe de su futura muerte, por la cual tanto esa Virgen de quien nació, como

muchos otros fueron limpiados del pecado. Pues si no hubiera sido verdadera, no podría haber sido de ninguna utilidad. Por lo tanto, si pudo no morir, pudo hacer que no fuera verdad lo que era verdad.

ANS. ¿Por qué era verdad, antes de que muriera, que iba a morir?

BOS. Porque él mismo lo quiso espontáneamente y con voluntad inmutable.

ANS. Si, por lo tanto, como dices, por eso no pudo no morir, porque verdaderamente iba a morir: y por eso verdaderamente iba a morir, porque él mismo lo quiso espontáneamente e inmutablemente: se sigue que no pudo no morir por otra razón, sino porque inmutablemente quiso morir.

BOS. Así es: pero cualquiera que sea la causa, sin embargo, es verdad que no pudo no morir y fue necesario que muriera.

ANS. Te aferras demasiado a la nada: y (como se suele decir) buscas un nudo en un junco.

BOS. ¿Has olvidado lo que objeté a tus excusas al principio de nuestra disputa: que, a saber, lo que pedía, no lo harías para los doctos; sino para mí, y para aquellos que piden esto conmigo? Por lo tanto, soporta que, debido a la lentitud y torpeza de nuestro ingenio, pregunte, para que satisfagas a mí y también a ellos en cuestiones infantiles, como comenzaste.

## CAPÍTULO XVIII [al. XVII].

Qué no es necesidad o imposibilidad en Dios: y qué es necesidad coactiva, y necesidad no coactiva.

ANS. Ya hemos dicho que impropriamente se dice que Dios no puede hacer algo o que lo hace por necesidad. Toda necesidad e imposibilidad están sujetas a su voluntad; pero su voluntad no está sujeta a ninguna necesidad o imposibilidad. Nada es necesario o imposible, sino porque Él así lo quiere: pero que Él quiera o no quiera algo por necesidad o imposibilidad es ajeno a la verdad. Por lo tanto, ya que todo lo que quiere, y solo lo que quiere, lo hace: así como ninguna necesidad o imposibilidad precede a su querer o no querer; tampoco precede a su hacer o no hacer: aunque muchas cosas las quiera inmutablemente y las haga. Y, así como cuando Dios hace algo, después de que ha sido hecho, ya no puede no haber sido hecho, sino que siempre es verdad que ha sido hecho, sin embargo, no se dice correctamente que es imposible para Dios hacer que lo pasado no sea pasado: pues allí no opera la necesidad de no hacer, ni la imposibilidad de hacer; sino solo la voluntad de Dios, quien quiere que la verdad, siempre (porque Él es la verdad) inmutable, sea como es: así, si se propone hacer algo inmutablemente; aunque lo que propone, antes de que se haga, no pueda no ser futuro; sin embargo, no hay en ello necesidad de hacer, ni imposibilidad de no hacer: porque solo opera en ello la voluntad. Siempre que se dice que Dios no puede, no se niega en Él el poder; sino que se significa una potencia y fortaleza insuperable. No se entiende otra cosa, sino que ninguna cosa puede hacer que Él haga lo que se niega que pueda. Pues es muy común esta forma de hablar, que se diga que una cosa puede; no porque en ella, sino porque en otra cosa está el poder: y no puede; no porque en ella, sino porque en otra cosa está la impotencia. Decimos, por ejemplo: Este hombre puede ser vencido, por, Alguien puede vencerlo: y, Aquel no puede ser vencido; por, Nadie puede vencerlo. Pues no es poder el poder ser vencido, sino impotencia: ni el no poder ser vencido es impotencia, sino poder.

Tampoco decimos que Dios hace algo por necesidad, porque en Él haya alguna necesidad; sino porque está en otro: como dije de la impotencia, cuando se dice que no puede. Toda necesidad es o coacción, o prohibición: estas dos necesidades se convierten entre sí contrariamente; como necesario e imposible. Pues lo que se obliga a ser, se prohíbe no ser; y lo que se obliga a no ser, se prohíbe ser: así como lo que es necesario ser, es imposible no ser; y lo que es necesario no ser, es imposible ser; y viceversa. Pero cuando decimos que algo es necesario ser o no ser en Dios, no se entiende que haya en Él necesidad o coacción o prohibición: sino que se significa que en todas las demás cosas hay necesidad prohibiéndolas hacer, y obligándolas a no hacer: contra esto que se dice de Dios. Pues, cuando decimos que es necesario que Dios siempre diga la verdad, y es necesario que nunca mienta, no se dice otra cosa, sino que hay en Él tal constancia de guardar la verdad, que es necesario que ninguna cosa pueda hacer que no diga la verdad, o que mienta. Por lo tanto, cuando decimos que aquel hombre, que según la unidad de persona (como se dijo antes) es el mismo que el Hijo de Dios, no pudo no morir, o querer no morir, después de haber nacido de la Virgen: no se significa en Él ninguna impotencia de guardar, o de querer guardar su vida inmortal; sino la inmutabilidad de su voluntad, por la cual se hizo hombre espontáneamente para que, perseverando en la misma voluntad, muriera; y porque ninguna cosa pudo cambiar esa voluntad. Pues sería más impotencia que potencia, si pudiera querer mentir, o engañar, o cambiar la voluntad, que antes quiso que fuera inmutable. Y si (como dije antes) cuando alguien se propone espontáneamente hacer algún bien, y con la misma voluntad después realiza lo que propuso; aunque pueda ser obligado, si no quiere cumplir lo prometido; sin embargo, no se debe decir que hace lo que hace por necesidad; sino por la libre voluntad con la que lo propuso. Pues no se debe decir que algo se hace o no se hace por necesidad o impotencia, donde ni la necesidad ni la impotencia operan nada, sino la voluntad: si, digo, así es en el hombre, con mucha más razón no deben nombrarse necesidad o impotencia en Dios, quien no hace nada, sino lo que quiere; y cuya voluntad ninguna fuerza puede obligar o prohibir. Para esto valió en Cristo la diversidad de naturalezas y la unidad de persona, para que, lo que era necesario hacer para la restauración de los hombres, si la naturaleza humana no podía, lo hiciera la divina; y si no convenía a la divina, lo exhibiera la humana; y no otro y otro, sino el mismo, quien siendo ambos, perfectamente por lo humano pagara lo que aquella debía; y por lo divino pudiera lo que convenía. Finalmente, la Virgen, que por la fe fue hecha pura, para que de ella pudiera ser asumido, de ninguna manera creyó que Él moriría, sino porque quería: como había aprendido por el profeta, quien dijo de Él: Fue ofrecido, porque Él quiso (Isaías LIII, 7). Por lo tanto, ya que su fe fue verdadera, era necesario que así fuera como creyó. Pero si te perturba de nuevo, porque digo, era necesario: recuerda que la verdad de la fe de la Virgen no fue la causa para que Él muriera voluntariamente: sino que, porque esto iba a suceder, la fe fue verdadera. Por lo tanto, si se dice, era necesario que muriera solo por voluntad; porque la fe fue verdadera, o la profecía que precedió sobre esto; no es otra cosa, que si dices que era necesario que así fuera, porque así iba a ser: pero esta necesidad no obliga a la cosa a ser; sino que el ser de la cosa hace que la necesidad sea. Hay una necesidad precedente, que es causa de que la cosa sea: y hay una necesidad siguiente, que la cosa hace. La necesidad precedente y eficiente es, cuando se dice que el cielo gira; porque es necesario que gire. La siguiente, y que no hace nada, sino que es hecha, es cuando digo que hablas por necesidad, porque hablas. Pues cuando digo esto, significo que nada puede hacer que, mientras hablas, no hables, no que otro te obligue a hablar. Pues la violencia de la condición natural obliga al cielo a girar; pero a ti ninguna necesidad te hace hablar. Pero donde hay necesidad precedente, también hay siguiente; no obstante, donde hay siguiente, no inmediatamente hay precedente. Podemos decir, es necesario que el cielo gire, porque gira: pero no es igualmente verdadero, por eso hablas, porque es necesario que hables. Esta necesidad siguiente corre por todos los tiempos, de este modo: Todo lo que fue, es necesario

que haya sido. Todo lo que es, es necesario que sea. Todo lo que será, es necesario que haya sido futuro. Esta es la necesidad que (donde Aristóteles trata sobre las proposiciones singulares y futuras) parece destruir cualquiera de las dos, y afirmar que todo es por necesidad. Por esta necesidad siguiente y que no hace nada, ya que la fe o la profecía sobre Cristo fue verdadera, porque iba a morir por voluntad, no por necesidad, era necesario que así fuera: por esta fue hecho hombre: por esta hizo, y sufrió, todo lo que hizo y sufrió: por esta quiso, todo lo que quiso. Por eso fueron por necesidad, porque iban a ser: y iban a ser, porque fueron: y fueron, porque fueron: y si quieres saber la verdadera necesidad de todo lo que hizo y sufrió; sabe que todo fue por necesidad, porque Él quiso. Pero ninguna necesidad precedió a su voluntad. Por lo tanto, si no fueron sino porque Él quiso; si no hubiera querido, no habrían sido. Así pues, nadie le quitó su vida; sino que Él la puso, y la tomó de nuevo: porque tenía el poder de poner su vida, y de tomarla de nuevo, como Él mismo dijo (Juan X, 18). BOS. Me has satisfecho al demostrar que no fue sometido a la muerte por ninguna necesidad; y no me arrepiento de haber sido insistente contigo para que lo hicieras. ANS. Hemos mostrado, creo, una razón cierta de cómo Dios asumió al hombre sin pecado de una masa pecadora; pero no creo que deba negarse que haya otra además de esta que hemos dicho; excepto esto, que Dios puede hacer lo que la razón humana no puede comprender. Pero ya que esta también me parece suficiente; y, si quisiera buscar otra ahora, sería necesario investigar qué es el pecado original, y cómo se difunde desde los primeros padres a todo el género humano, excepto al hombre del que hablamos, y entrar en otras cuestiones que requieren su propio tratado: contentos con la razón que hemos dicho, prosigamos con lo que queda de la obra comenzada. BOS. Como quieras: pero con la condición de que tú, con la ayuda de Dios, alguna vez pagues esa otra razón que ahora evitas buscar, como una deuda. ANS. Ya que sé que tengo esta voluntad, no niego lo que pides: pero como estoy incierto sobre el futuro, no me atrevo a prometer; sino que lo confío a la disposición de Dios. Pero di ahora qué te parece que debe resolverse sobre la cuestión que propusiste al principio, por la cual se presentaron muchas otras. BOS. La suma de la cuestión fue, por qué Dios se hizo hombre, para salvar al hombre por su muerte; cuando parece que pudo hacerlo de otra manera. A lo cual tú, respondiendo con muchas y necesarias razones, mostraste que la restauración de la naturaleza humana no debía permanecer; ni podía hacerse, a menos que el hombre pagara lo que debía a Dios por el pecado: deuda que era tan grande, que no debía pagarla sino el hombre; no podía, sino Dios: de modo que el mismo fuera hombre que también Dios. Por lo tanto, era necesario que Dios asumiera al hombre en la unidad de persona: para que quien debía pagar en naturaleza, y no podía; en persona fuera, quien pudiera. Y luego, porque de la Virgen, y por la persona del Hijo de Dios debía ser asumido aquel hombre que fuera Dios: y cómo pudo ser asumido sin pecado de una masa pecadora, lo mostraste. Pero probaste clarísimamente que la vida de este hombre era tan sublime, tan preciosa; que podía bastar para pagar lo que se debía por los pecados de todo el mundo, y más infinitamente. Resta ahora mostrar cómo se paga a Dios por los pecados de los hombres.

## CAPÍTULO XIX.

Cómo la vida de Cristo se paga a Dios por los pecados de los hombres: y cómo Cristo debía y no debía sufrir.

ANS. Si por justicia se permitió ser matado, ¿no dio su vida para el honor de Dios? BOS. Si puedo entender lo que no dudo: aunque no veo cómo razonablemente lo hizo; y cuando podía guardar indeclinablemente la justicia, y eternamente su vida; confesaré que dio tal cosa voluntariamente a Dios para el honor de aquel a quien nada que no sea Dios puede compararse, y que puede ser recompensado por todas las deudas de todos los hombres. ANS. ¿No entiendes que cuando soportó con benigna paciencia las injurias, y las contumelias, y la

muerte de cruz con los ladrones, como dijimos antes, por la justicia que obedientemente guardaba, dio ejemplo a los hombres, para que por ningún inconveniente que puedan sentir, se aparten de la justicia que deben a Dios; lo cual no habría dado si según su poder hubiera evitado la muerte por tal causa? BOS. Parece que Él no dio este ejemplo por ninguna necesidad: pues muchos antes de su advenimiento, y Juan Bautista después de su advenimiento antes de su muerte, conocidos por soportar valientemente la muerte por la verdad, se sabe que lo dieron suficientemente. ANS. Ningún hombre jamás, excepto Él, al morir, dio a Dios lo que alguna vez no iba a perder por necesidad; o pagó lo que no debía. Él, sin embargo, ofreció voluntariamente al Padre lo que por ninguna necesidad iba a perder jamás; y pagó por los pecadores lo que no debía por sí mismo. Por lo tanto, Él dio mucho más ejemplo, para que cada uno, lo que alguna vez va a perder sin duda, no dude en devolverlo a Dios por sí mismo, cuando la razón lo exige: quien, sin necesitarlo de ninguna manera para sí mismo, ni ser obligado por otros a quienes no debía nada sino castigo; dio tan preciosa vida, más bien se dio a sí mismo, una persona tan grande, tanto como tú dices. BOS. Te acercas mucho a mi deseo; pero espera que pregunte algo, que aunque quizás pienses que es tonto preguntar, sin embargo, no tengo a mano qué responder, si se me pregunta. Dices que cuando murió, dio lo que no debía. Pero nadie negará que hizo mejor cuando dio este ejemplo de tal manera; y que esto agrada más a Dios, que si no lo hubiera hecho: o dirá que no debía hacer lo que entendió que era mejor y que agradaba más a Dios: especialmente cuando la criatura debe a Dios todo lo que es, y lo que sabe, y lo que puede. ANS. Aunque la criatura no tiene nada de sí misma; cuando Dios le concede hacer algo lícitamente y no hacerlo; le da así su ser en ambos, que aunque uno sea mejor, sin embargo, ninguno se exige determinadamente: pero ya sea que haga lo que es mejor, o lo otro, se dice que debe hacer lo que hace: y si hace lo que es mejor, tiene premio porque da voluntariamente lo que es suyo. Pues aunque la virginidad sea mejor que el matrimonio, sin embargo, ninguno se exige determinadamente del hombre: sino que tanto el que prefiere usar el matrimonio, como el que prefiere guardar la virginidad; se dice que debe hacer lo que hace. Nadie dice que no se debe elegir la virginidad, o el matrimonio; sino que decimos que lo que el hombre prefiere, antes de decidirse por cualquiera de ellos, eso debe hacer: y si guarda la virginidad, espera premio por el don espontáneo que ofrece a Dios. Por lo tanto, cuando dices que la criatura debe a Dios lo que mejor sabe y puede; si entiendes por deuda, y no subentiendes, si Dios lo manda; no siempre es verdad. Pues, como dije, el hombre no debe la virginidad por deuda; pero si prefiere, debe usar el matrimonio. Si te mueve la palabra, que es, deber; y no puedes entenderla sin alguna deuda: sabe que así como sucede que se dice poder y no poder, y necesidad a veces, no porque estén en las cosas donde se dicen, sino porque están en otra; así también deber. Pues cuando decimos que los pobres deben recibir limosna de los ricos, no es otra cosa que los ricos deben dar limosna a los pobres: pues esta deuda no se exige del pobre, sino del rico. También se dice que Dios debe presidir sobre todos, no porque Él sea deudor en esto de alguna manera; sino porque todas las cosas deben estar sujetas a Él: y debe hacer lo que quiere; porque lo que quiere, debe ser. Así cuando una criatura quiere hacer lo que es suyo hacer y no hacer, se dice que debe hacer; porque lo que ella quiere, debe ser. Por lo tanto, el Señor Jesús, cuando quiso sufrir la muerte (como dijimos), porque era suyo, tanto sufrir como no sufrir, debía hacer lo que hizo, porque lo que quiso que fuera debía ser; y no debía hacerlo, porque no por deuda. Pues ya que Él mismo es Dios y hombre; según la naturaleza humana, desde que fue hombre así recibió de la naturaleza divina, que es otra que la humana su ser, todo lo que tenía; de modo que no debía dar nada, sino lo que quería: según la persona, sin embargo, así tenía de sí mismo todo lo que tenía, y así era perfectamente suficiente para sí mismo, que ni debía retribuir nada a otro; ni, para que se le retribuyera, necesitaba dar. BOS. Ahora veo claramente que de ninguna manera se dio a la muerte por deuda, como mi razón parecía mostrar, para el honor de Dios; y sin embargo, debía hacer lo que hizo. ANS. Ese

honor es de toda la Trinidad: por lo tanto, ya que Él mismo es el Hijo de Dios, se ofreció a sí mismo a sí mismo, como al Padre y al Espíritu Santo, es decir, su humanidad a su Divinidad, que es una y la misma de las tres personas. Sin embargo, para que permanezcamos en la misma verdad y hablemos más claramente de lo que queremos, digamos, como es costumbre, que el Hijo se ofreció voluntariamente al Padre: pues de este modo se dice clarísimamente, porque en una persona se entiende todo Dios, a quien según el hombre se ofreció; y por el nombre del Padre y del Hijo se siente una inmensa piedad en los corazones de los oyentes, cuando se dice que el Hijo pide de este modo al Padre por nosotros. BOS. Esto lo acepto con mucho gusto.

## CAPÍTULO XX.

Por qué razón de su muerte sigue la salvación humana.

ANS. Consideremos ahora, en la medida de nuestras posibilidades, cuán grande es la razón por la cual se sigue la salvación humana. BOS. Mi corazón se inclina hacia esto. Pues aunque creo entenderlo, deseo que tú expongas la conexión lógica. ANS. No es necesario explicar cuánto dio voluntariamente el Hijo. BOS. Es suficientemente claro. ANS. No juzgarás que quien da voluntariamente un don tan grande a Dios sin retribución no debe recibir nada a cambio. BOS. Al contrario, veo que es necesario que el Padre retribuya al Hijo: de lo contrario, parecería injusto si no quisiera, o impotente si no pudiera, lo cual es ajeno a Dios. ANS. Quien retribuye a alguien, o le da lo que no tiene, o le perdona lo que se le puede exigir. Antes de que el Hijo hiciera algo tan grande, todo lo que era del Padre era suyo, y nunca debió algo que pudiera serle perdonado. ¿Qué, entonces, se retribuirá a quien no necesita nada y a quien no hay nada que se le pueda dar o perdonar? BOS. Por un lado, veo la necesidad de retribuir, y por otro, la imposibilidad: porque es necesario que Dios devuelva lo que debe, y no hay a quién devolverlo. ANS. Si una recompensa tan grande y debida no se devuelve ni a él ni a otro, parecerá que el Hijo hizo algo tan grande en vano. BOS. Es un sacrilegio pensar eso. ANS. Es necesario, entonces, que se devuelva a otro, porque no puede ser a él. BOS. Inevitablemente se sigue. ANS. Si el Hijo quisiera dar a otro lo que se le debe, ¿podría el Padre prohibírselo con justicia, o negárselo a quien él quiera darlo? BOS. Al contrario, entiendo que es justo y necesario que el Padre devuelva a quien el Hijo quiera dar: porque al Hijo le es lícito dar lo que es suyo, y el Padre no puede devolver lo que debe sino a otro. ANS. ¿A quiénes más adecuadamente atribuiría el fruto y la retribución de su muerte, que a aquellos por quienes se hizo hombre para salvarlos, como la razón de la verdad nos ha enseñado, y a quienes, como dijimos, al morir les dio ejemplo de morir por la justicia? Pues en vano serán sus imitadores si no participan de su mérito. ¿O a quiénes más justamente hará herederos de la deuda, de la cual él no necesita, y de la abundancia de su plenitud, que a sus padres y hermanos, a quienes ve languidecer en la miseria, obligados por tantas y tan grandes deudas, para que se les perdone lo que deben por sus pecados y se les dé lo que les falta por causa de los pecados? BOS. Nada más razonable, nada más dulce, nada más deseable puede escuchar el mundo. Yo, de hecho, concibo tanta confianza de esto, que ya no puedo expresar con cuánto gozo exulta mi corazón. Pues me parece que Dios no rechaza a ningún hombre que se acerque a él bajo este nombre. ANS. Así es, si se acerca como es debido. Y cómo se debe acceder a la participación de tan grande gracia, y cómo vivir bajo ella, nos enseña en todas partes la Sagrada Escritura, que está fundada sobre la sólida verdad que, con la ayuda de Dios, hemos percibido en alguna medida, como sobre un firme fundamento. BOS. Verdaderamente, todo lo que se edifica sobre este fundamento está fundado sobre roca firme. ANS. Creo que ya he satisfecho en parte tu pregunta, aunque podría hacerlo mejor y más plenamente; y hay razones mayores y más numerosas de lo que mi ingenio mortal puede

comprender. También es evidente que Dios no necesitaba en absoluto hacer lo que hemos dicho: pero así lo exigía la verdad inmutable. Pues aunque se dice que lo que hizo aquel hombre lo hizo Dios, debido a la unidad de la persona, Dios no necesitaba descender del cielo para vencer al diablo, ni para actuar con justicia contra él para liberar al hombre; sino que Dios exigía del hombre que venciera al diablo, y que quien había ofendido a Dios por el pecado, satisficiera por la justicia. Pues Dios no debía nada al diablo, sino castigo; ni el hombre, sino reciprocidad, para que, vencido por él, lo venciera: pero todo lo que se le exigía, se lo debía a Dios, no al diablo.

## CAPÍTULO XXI.

Cuán grande y cuán justa es la misericordia de Dios.

La misericordia de Dios, que parecía perderse cuando considerábamos la justicia de Dios y el pecado del hombre, la encontramos tan grande y tan concorde con la justicia, que no se puede concebir mayor ni más justa. Pues, ¿qué puede entenderse como más misericordioso que cuando al pecador condenado a tormentos eternos, y que no tiene con qué redimirse, Dios Padre le dice: Toma a mi Unigénito y da por ti; y el mismo Hijo: Tómame y redímite? Pues esto es lo que dicen cuando nos llaman y atraen a la fe cristiana. ¿Y qué más justo que aquel a quien se le da un precio mayor que toda deuda, si se le da con el debido afecto, perdona toda deuda?

## CAPÍTULO XXII.

Que es imposible que el diablo se reconcilie.

Entenderás que la reconciliación del diablo, sobre la cual preguntaste, es imposible si consideras cuidadosamente la humana. Pues así como el hombre no pudo reconciliarse sino por un hombre Dios, que pudiera morir, por cuya justicia se restituyera a Dios lo que el pecado del hombre había perdido: así los ángeles condenados no pueden salvarse sino por un Ángel Dios, que pueda morir, y que por su justicia repare a Dios lo que los pecados de otros quitaron. Y así como el hombre no debía ser relevado por otro hombre que no fuera de su misma especie, aunque fuera de la misma naturaleza, así ningún ángel debe ser salvado por otro ángel; aunque todos sean de una naturaleza, no son de la misma especie, como los hombres. Pues no todos los ángeles son de un solo ángel, como todos los hombres de un solo hombre. Esto también impide su restauración: porque así como cayeron sin que nadie los dañara para que cayeran, así deben levantarse sin que nadie los ayude: lo cual es imposible para ellos. De otro modo, no pueden ser restituidos a la dignidad que habrían tenido, ya que sin ayuda ajena, por su propio poder que habrían recibido, habrían permanecido en la verdad si no hubieran pecado. Por lo tanto, si alguien piensa que la redención de nuestro Salvador debe extenderse alguna vez hasta ellos, se le convence razonablemente de que se engaña razonablemente. No digo esto como si el precio de su muerte no prevaleciera por su magnitud sobre todos los pecados de los hombres y ángeles; sino porque la razón inmutable se opone a la elevación de los ángeles perdidos.

## CAPÍTULO XXIII.

Que en lo que se ha dicho, se ha probado la verdad del Antiguo y Nuevo Testamento.

BOS. Todo lo que dices me parece razonable y a lo que nada se puede contradecir; y por la solución de una sola cuestión que propusimos, entiendo que se ha probado todo lo que contiene el Nuevo y el Antiguo Testamento. Pues al probar así que Dios se hizo hombre por

necesidad, de modo que incluso si se eliminan algunas cosas que has mencionado de nuestros libros (como lo que tocaste sobre las tres personas de Dios y sobre Adán), satisfaces solo con la razón no solo a los judíos, sino también a los paganos: y el mismo Dios hombre establece el Nuevo Testamento y aprueba el Antiguo, como es necesario confesar que él mismo es veraz, así nadie puede negar que lo que contienen es verdadero. ANS. Si hemos dicho algo que deba corregirse, no rehúso la corrección, si se hace razonablemente. Pero si lo que creemos haber encontrado razonablemente se confirma con el testimonio de la verdad, debemos atribuirlo a Dios, no a nosotros, quien es bendito por los siglos. Amén.